



EL PASILLO DE LAS MUJERES MUERTAS



**SILVER
KANE**



EL PASILLO DE LAS MUJERES MUERTAS

SS Nº 970

Autor: Silver Kane

UUID: a5474158-3f6f-4e8e-b2fe-218f687ab106

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

LOS gritos se extendían a lo largo del pasillo, formaban como espirales en el aire, se contorsionaban.

—¡No quiero morir! ¡No quiero moriiiiir...!

Docenas, centenares de puños golpeaban contra las puertas. Era un estrépito infernal, ensordecedor, que hubiera acabado con los nervios de cualquiera.

—¡No quiero morir! ¡Por piedad! ¡No quiero morir! ¡No me matéis! ¡No me matéis!

Los gritos arreciaban, y los golpes formaban un estrépito infernal que amenazaba con derrumbar las puertas y las paredes de las celdas.

Hacían falta nervios de acero para resistir aquello. O estar muy acostumbrado. O no tener sentimientos...

Las guardianas que arrastraban a la condenada por el pasillo, contaban con esas tres cosas.

Allí estaba Dalia Morbes, que pesaba cien quilos y cierta vez envió a una reclusa al hospital de dos bofetadas. Campeona de judo, ella sola se bastaba para reprimir un motín. Muchas reclusas preferían dos semanas de celda de castigo a una sola «caricia» de aquella fiera.

Allí estaba Matilde Purdom, con sus ojillos brillantes y duros, a la que gustaba estar en primera fila cuando había una ejecución.

Y allí estaba, por fin, Hutta Henrich, ex reclusa, condenada por asesinato, que después de cumplir quince años de celda había conseguido seguir en la cárcel, pero al otro lado de las rejas. Conocía todos los secretos del penal y por eso se lo consintieron. Se

decía que el sonido de las llaves al girar en las cerraduras era lo que más le gustaba en el mundo.

Entre las tres arrastraban a la condenada a muerte a través del corto trecho que la separaba de la cámara.

Todas las celdas del pasillo estaban ocupadas. Y a pesar de que las mirillas fueron cerradas y no se avisó la hora de la ejecución, no hubo nadie que no supiese, con un día de adelanto, lo que iba a suceder. Y, por si faltara algo, los gritos de la condenada las había alertado.

Toda la carroña femenina del estado de Kansas, desde homicidas a ladronas, pasando por secuestradoras, estafadoras e incendiarias, estaba detrás de aquellas puertas de hierro. Y la carroña rugía, aullaba, se contorsionaba frenéticamente. Centenares de puños seguían golpeando las puertas. Los puntapiés volaban contra las paredes, que se habían puesto a temblar.

Hutta se volvió y gritó de pronto:

—¡Callad, malditas! ¡Callad de una vez, condenadas puercas! ¡La vamos a matar igualmente, aunque no os guste!

Una voz pastosa barbotó:

—¡Pero qué dices, imbécil! ¡Si resulta que nos gusta!

Hutta rechinó los dientes.

—¡He reconocido tu voz, maldita! ¡Eres Pamela, la mulata! ¡Ya te daré a ti! ¡Te llevaré a las duchas! ¡Y seré yo la que gradúe el agua! A mi gusto, ¿sabes? Y te advierto que a mí me gusta hirviendo, puerca...

Hutta hubiera seguido amenazando e insultando de no advertirle sus compañeras:

—Vamos... Hay que darse prisa. Ya llevamos dos minutos de retraso y el alcaide espera.

—Es que me ponen frenética. Ya les daré yo, ya...

Entre las tres gigantescas mujeres siguieron arrastrando a la condenada. Esta ya no gemía. Sus pies dejaban una marca en el suelo, puesto que la llevaban materialmente a rastras. Pocos pasos más allá estaba la puerta que conducía al patíbulo.

En Kansas no existe la silla eléctrica, como en Nueva York, o la cámara de gas, como en California. En Kansas se practica aún el viejo y tradicional método de la horca.

Los veinte testigos esperaban junto al patíbulo, que había sido montado en un patio interior. También estaba el médico forense, en compañía del alcaide, el sheriff, el verdugo y el ayudante del gobernador. El sacerdote, a quien la condenada había rechazado, esperaba tener la oportunidad de consolarla en sus últimos momentos.

El alcaide hizo un gesto para que se dieran prisa.

—Todo esto me parece repugnante —masculló—. Esos aullidos, esos gritos... Yo ya saben que estoy contra la pena de muerte.

El sheriff murmuró:

—Entonces, acabe pronto.

—Eso es lo que pretendo, maldita sea.

La condenada fue subida al patíbulo a fuerza de brazos. Ningún hombre la había tocado hasta entonces. Todo lo hacían las celadoras, las tres gigantescas mujeres. Matilde resopló. La condenada era gorda, fofa y pesaba lo suyo. Para consolarla, le dijo:

—Hala, maldita... No te darás cuenta. Con tu peso se te romperá el cuello en seguida...

El verdugo se hizo entonces cargo de la sentenciada. La misión de las celadoras había terminado, pero se quedaron allí.

Hábilmente le ató las manos a la espalda, y luego los pies. Como no se sostenía, la hizo sentar en una silla.

Hay que bajar la soga.

Cierto. Con la condenada sentada, la soga quedaba demasiado alta. Su ayudante resolvió el problema con fría y eficiente habilidad. Todo aquello parecía rutinario para ellos, que algunos de los testigos tuvieron que cerrar los ojos.

—Así...

—¿Está bien?

—Perfecto.

—El verdugo fue a poner una capucha sobre la cara de la condenada. A ésta, a pesar de que sólo tenía treinta años, se le habían puesto los cabellos totalmente blancos en las dos últimas semanas, cuando supo que su última petición de gracia había sido rehusada.

—¿Quieres que te atienda el sacerdote? ¿Deseas pedir algo?

¿Hablar con él?

Pero la condenada no contestó. Sus ojos estaban vidriosos y tenía la cabeza echada a un lado. Se había desmayado de miedo.

El verdugo miró al alcaide. Aquélla era una situación que no terminaban de prever los reglamentos.

Pero el alcaide hizo un gesto afirmativo.

—Acabemos —dijo—. Si no se da cuenta, mejor para ella. De modo que, adelante, Charlie.

Charlie, el verdugo, término de tapar con la capucha la cabeza de la condenada y se situó junto a la palanca que había de abrir la trampa. Contuvo la respiración, movió la mano derecha y... ¡zas!

La condenada cayó con silla y todo. Se oyó un alarido que quedó cortado de repente. Luego un chasquido siniestro. El cuello de la víctima se había roto.

El alcaide arrugó el entrecejo.

—Ha recobrado el conocimiento en los últimos segundos —dijo—. Peor para ella. Yo ya no lo esperaba.

Los testigos estaban quietos, erguidos.

Todos sentían como si les doliese el cuello.

Uno, un tipejo que parecía más pequeño que su propia camisa, gimoteó:

—¿Nos podemos ir ya?

—Esperen —dijo el forense—. No está muerta.

—¿No?

—La muerte clínica aún tardará. El forense debe certificarla ante todos ustedes.

Y la muerte clínica tardó. ¡Ya lo creo que tardó!

Durante veinte minutos los hombres que estaban concentrados allí fumaron, pasearon inquietos, maldijeron en voz baja por haber aceptado el cargo de testigos y evitaron por todos los medios mirar aquel bulto informe, aquella capucha negra que asomaba por el borde de la trampa. Las únicas que parecían pasarlo en grande eran las tres celadoras.

—Ha quedado bien —dijo Hutta.

—Con la cabeza un poco caída a un lado —corrigió Matilde—. La ejecución del mes pasado fue mejor.

El forense había pasado ya un par de veces bajo el patíbulo,

para examinar a la ahorcada, volviendo a salir con expresión desolada. Porque aún no estaba clínicamente muerta. Hasta que transcurridos aquellos Veinte interminables minutos, anunció:

—Certifico que la condenada ha muerto. Pueden pasar a firmar el acta, señores.

Hutta chascó los dedos:

—¡Qué asco! ¡Se ha terminado la fiesta!

* * *

A pocas yardas de allí, tras dos puertas enrejadas y otros tantos gruesos muros, comenzaba el pasillo de las condenadas a muerte, en la penitenciaría femenina de Kansas. De allí había sido sacada poco antes la que ahora no era más que un cadáver, para ser trasladada al patíbulo, a través de las galerías comunes.

El pasillo de las condenadas a muerte estaba ahora terriblemente silencioso, como toda la penitenciaría.

Después del tumulto anterior, cuando hasta los cimientos vibraban, una quietud total se había adueñado de todo. Era esa quietud que se siente ante lo irremediable, cuando la muerte ya ha vencido.

Las prisioneras se habían encogido en el interior de sus celdas y debían meditar en silencio. Quizá alguna lloraba. Otras, por el contrario, deberían sentirse extrañamente consoladas, pensando que, al fin y al cabo, ellas tenían su vida segura que no estaban condenadas a muerte.

Sólo una de las celdas del pasillo estaba ocupada ahora, y eso contribuía a explicar la quietud que reinaba allí.

Se oían unos pasos lentos, casi solemnes, que se acercaban.

Dalia Morbes, la de los cien quilos, venía muy satisfecha. Miró una a una las puertas de las celdas abiertas y en especial la que había alojado hasta unos pocos minutos antes a la que ahora estaba muerta. Pulsó un timbre que había en el pasillo y habló por un interfono:

—¡Eh! ¡Vosotras, gandulas, las de limpieza! ¡Venid enseguida al «Pasillo de las elegidas»! ¡Hay que llevarse una colchoneta y unas prendas y luego quemarle todo! ¡La celda de la muerta ha de quedar como una patena! ¡No quiero que la futura cliente se queje cuando venga a ocuparla!

Y lanzó una carcajada que resonó lúgubremente en todos los rincones del pasillo.

Luego pareció recordar algo y se acercó parsimoniosamente a la única puerta que estaba cerrada.

—¡Eh, tú, Magda! —gritó sin abrir la mirilla—. Ahora eres la única cliente, ¿no lo sabías?

Sólo el silencio le respondió.

—Deberías alegrarte, mujer. Ahora toda la comida para ti. Doble postre. Y tres celadoras para ti sola. ¿Te parece poco?

Lanzó otra carcajada, mientras abría la puerta.

Las dos mujeres que estaban dentro se pusieron en pie.

Una era una negra muy alta y delgada, que quizá aún no había cumplido los treinta años, pero aparentaba cincuenta. La otra, una chica rubia que no debía haber cumplido aún los veintidós.

Dalia Morbes miró a la negra.

—Ya han ahorcado a tu amiga —dijo—. Habrás oído los gritos, ¿eh? ¡Menudo follón, chica! ¿Quieres saber cómo fue? ¿Quieres que te cuente la película?

La negra cerró un momento los ojos.

—No hace falta, no quiero saberlo.

—Claro... Al fin y al cabo esas cosas siempre son iguales. ¿Y para qué, si al fin y al cabo tú lo sabrás por experiencia dentro de unos días? Lo que son las cosas, chica. A veces nos pasamos dos años sin ejecuciones, y de pronto, tres en un mes. Una en abril y ahora dos en la misma semana de mayo. Oye... Tú tienes la ventaja con ser negra.

—¿Cuál? —preguntó Magda, casi sin voz.

—Que no se nota lo pálida que estás y el miedo que tienes. Je, je... Bueno, ¿quieres algo? El reglamento me ordena tratarte bien y atender tus caprichos, si es posible.

Sus ojos se posaron en la figura de la otra mujer, en la que no debía haber cumplido aún los veintidós años y cuyos cabellos rubios daban a su rostro perfecto un cierto aire angelical.

—Lástima que los reglamentos no dejen llevar melena a las chicas —murmuró—. Estabas preciosa con aquel pelo largo y caído sobre los hombros, cuando entraste.

Sus ojos recorrieron poco a poco el cuerpo de la muchacha, que

los zapatos bajos y la grosera bata carcelaria no llegaban a estropear.

Un carraspeo de la muchacha la hizo volver a la realidad.

—Tú, Judith —dijo, dirigiéndose a ella—, ¿aún tienes para mucho rato?

—Todo lo que Magda me necesite.

Dalia Morbes hizo crujir los nudillos como un campeón de lucha libre.

—También tiene narices la cosa —refunfuñó—. Una condenada a muerte que pide, como última gracia, el que le dejen estar acompañada durante sus últimos días. Y elige la única amiga que hizo en la cárcel, cuando aún no era firme su sentencia y la dejaban salir al patio con las otras. Conmover... ¡Si yo fuera el alcaide ya me habría negado, infiernos! Ya os daría yo... ¿Y de qué habláis, muñecas?

Se apoyó en una de las paredes, poniendo los brazos en jarras. La Morbes tenía los brazos peludos y bajo la mandíbula empezaba a aparecer un poco de barba.

—¿Eh? ¿De qué habláis?

Judith dijo lentamente:

—Intento tranquilizarla.

—Pues pronto se os va a acabar la «tranquilidad», muñecas. Para mí, esto es una infracción a los reglamentos, porque una condenada a muerte debe de estar sola.

—Pues he oído decir que si alguna vez falta sitio ponen a dos en una celda —contestó Magda.

—Eso no ocurre casi nunca, pero y si ocurre, ¿qué? Son necesidades del penal, mientras que lo vuestro es un capricho. Yo le tendría que enseñar cuatro cosas a ese alcaide. Dice a todo que sí, es un blanducho. ¿Sabéis qué me dijo el otro día? Que esperaba la jubilación para dedicarse a criar conejos. ¡Menudo tipo! ¡Y un fulano así tiene por misión guardar a toda la carroña de Kansas! Porque vosotras sois carroña, nenas. Tanto tú, asesina, como tú, ladronzuela —dijo, mirando alternativamente a las dos mujeres—. ¡Qué parejita!

Do pronto, sus ojos se posaron exclusivamente en la negra.

—Tú, Magda, has vuelto a adelgazar.

—Quizá.

—Te estás quedando en los huesos. Y eso que cuando entraste aquí, hace dos años, eras una auténtica belleza. Dentro de tu especie, claro. Mientras que ahora...

Magda conocía la fama equívoca que rodeaba a la Morbes. Y dijo con desprecio:

—Me da usted asco, Dalia.

—¿Eh? ¿Qué dices?

—No tengo por qué aguantar sus palabras ni su asquerosa presencia. Su trabajo está fuera no aquí dentro. De modo que... ¡Salga!

La gigantesca mujer la miró, sorprendida.

Nunca se había atrevido nadie a hablarle así. Estaba materialmente boquiabierta.

—Eh, tú..., ¿qué te has creído?

—¡Salga!

—Entonces, me llevaré a ésta.

Y fue a poner su zarpa sobre Judith, pero la negra la detuvo.

—No la tocará. Ella está aquí por orden del alcaide, no puede llevársela.

—No, ¿eh? Ya lo veremos. Y atrévete a tocarme.

—Atrévase usted, Dalia. Claro que la tocaré. No me va a pasar nada por eso. No me van a castigar más. Yo ya no puedo perder nada.

Dalia Morbes rio secamente.

Estaba tan segura de su fuerza, que no hizo caso de aquellas palabras. Sujetó a Judith por un brazo, disponiéndose a arrastrarla hacia la puerta.

De pronto ocurrió algo que no esperaba, algo que no hubiera podido imaginar jamás.

Magda saltó con la agilidad de una gacela, antes de que la gigantesca celadora pudiera reaccionar. No tenía armas ni podía empuñar nada, puesto que hasta el banquillo en que se sentaba estaba empotrado en el suelo. Pero sus brazos eran como cables de acero, eran algo que la Morbes no había sentido jamás. De pronto se encontró en el suelo, presa de una llave de judo que no conocía. Mientras una mano sujetaba sus cabellos, haciéndola estar quieta,

un antebrazo se apoyaba en su cuello.

—Me basta apretar para ahogarla, Dalia. Y usted lo sabe. Usted es campeona de judo.

La celadora no perdió el ánimo, a pesar de conocer el peligro. Había una montaña de contrapresas para aquello. E intentó sacudirse de encima a su agresora, pero en aquel pequeño espacio no pudo conseguirlo. Dos veces intentó hacerla saltar por los aires y dos veces la ágil negra le cayó de nuevo encima. El antebrazo seguía presionando su cuello. La Morbes no quiso emplear sus poderosos brazos, porque sabía de sobra que no llegaría a tiempo; la otra la ahogaría con sólo una leve presión de su codo.

Un sudor repentino asomó a sus facciones. Sintió que, por contraste, la boca se le quedaba espantosamente seca. Sus labios se pusieron a temblar.

—Es triste la muerte, ¿eh? —dijo Magda—. Es triste cuando uno la siente cerca.

—Si lo dices por esa..., por esa puerca que acaban de ahorcar... Yo no la he condenado..., ni la he matado. No es asunto mío...

—Pero se ha alegrado... Bueno, también me he alegrado yo, aunque no lo crea. Esa maldita, en verdad, merecía la muerte. Secuestró a una niña y, como no le pagaron el rescate, la mató. Muy bien, ya ha pagado... ¿Cómo quedó? ¿Sufrió mucho en la cuerda?

—Sufrió... lo suyo...

—Bien... ¿Y qué le parece la muerte, Dalia? ¿Qué se siente cuando uno va a morir? ¿Qué le parecería si yo apretara este antebrazo con un poco más de fuerza?

—No..., no lo hagas.

Magda sonrió. Sus dientes sanos y blanquísimos brillaron sobre la cara de Dalia Morbes. Luego, toda la tensión de sus músculos se relajó. Dio un salto y dejó a la celadora libre.

Esta se incorporó poco a poco, como una sonámbula. Aún no podía creerlo. Se pasó las manos por el cuello y fue recobrando el color. Había llegado a estar pálida como una muerta.

—No me hubiera costado nada —susurró Magda—. Nada absolutamente... ¿Y qué podría ocurrir? Nada tampoco... Van a matarme dentro de unos días. Diga, Dalia... ¿Me hubieran matado

dos veces?

Dalia seguía pasándose la mano por el cuello. Aún no podía ni hablar.

Judith la miraba recelosamente, porque ahora temía su espantosa reacción. Pero en contra de lo que espejaba, Dalia susurró:

—¿Dónde aprendiste eso?

—Antes de matar a aquella chica, fui bailarina. Bueno, eso ya lo sabe. Pero no una bailarina cualquiera, sino una verdadera artista. Para hacer lo que yo hacía se necesitaban una agilidad y una fuerza a toda prueba. Y alguien me enseñó además un par de llaves mortales de judo. ¿Le sorprende?

La celadora balbució:

—No.

Y añadió con voz espesa:

—Es la primera vez que una de vosotras me gana.

—¿Qué vas a hacer? ¿Castigarme?

Dalia Morbes se pasó una mano por la boca.

—No, nada de eso. Sé que pudiste haberme matado y no lo has hecho. Además, se reconocer cuándo alguien vale más que yo. No creas que no reconozco mis defectos, maldita sea. Ya sé que soy una facha... Pero puedes estar tranquila. No diré nada de esto.

Da negra, alta y espigada, se limitó a murmurar:

—Gracias.

—Tú, Judith, estate aquí el tiempo que quieras —dijo la celadora—. Y si queréis algún extra, me lo pedís. Tenéis derecho... Ah, se me olvidaba.

Cuando ya iba a cerrar la puerta, sacó un sobre de su delantal y lo tendió a Judith.

—Una carta de tu hermana, la chica bien. ¡Mira que tener tú una hermana millonaria!

—En todas las familias hay contrastes —dijo Judith.

—Pero eso es demasiado. Y que encima no se avergüence de ti. Que encima te escriba todas las semanas.

—Es mi única pariente.

—Hala, pues empapúrrate con la carta. Toma, ahí la tienes. Me la dieron esta mañana, pero con todas esas «liquidaciones de

personal», ya no me acordaba.

Tendió el sobre a la muchacha y cerró tras de sí la puerta.

CAPÍTULO II

—ERES mi única amiga, Judith. La única que he tenido y que tendré.

La voz sonaba suave, monótona. La mirada de Magda estaba perdida en los rincones de la celda, aquella pequeña habitación cuadrada con la que se había familiarizado tanto y que ya no volvería a ver.

—Quiero..., quiero darte las gracias...

—No digas eso. Yo creo que esto no es..., no es una despedida. Verás cómo todavía te indultarán. Muchas veces ocurre... Precisamente desde el patíbulo hay una línea telefónica directa con el despacho del gobernador del estado, por si en el último momento... Bueno, como va a suceder ahora.

Magda denegó con la cabeza lentamente.

Era extraña su serenidad, una serenidad casi solemne.

No tenía miedo. Ni por un momento sus manos habían temblado. Su negra tez no dudaba. Era perfectamente límpida.

—Nadie va a salvarme, Judith. La hora ya ha llegado. Dentro de poco se oirán los pasos de los que vienen a buscarme.

Judith se tapó los oídos con las manos.

Era ella la que sudaba, era ella la que parecía iba a morir.

Por sus mejillas resbalaban las lágrimas.

La negra se las secó suavemente, con los dedos, con una dulzura infinita.

—Eres la única reclusa blanca que no se avergonzó de tratar con una negra, a pesar de que, encima, estaba acusada de asesinato —

murmuró—. Durante dos semanas, cuando yo estuve enferma, renunciaste a tu postre para dármelo a mí. Luego, no te importó venir a hacerme compañía a esta siniestra sección de las condenadas a muerte... Por eso te doy las gracias, Judith. Y te estaré dando las gracias hasta que muera.

Judith retiró poco a poco las manos de sus oídos.

En sus ojos había una expresión patética.

Le parecía escuchar los pasos de los que llegaban, los pasos siniestros del cortejo que vendría en busca de Magda.

Balbució:

—No pueden matarte. Es injusto, es horrible lo que ocurre contigo.

—¿Por qué? Estoy condenada legalmente. Me defendieron bien. Y yo confesé mi crimen.

—Es que... nadie ha venido a verte. Ni siquiera tu marido.

—Es que lo de mi marido... tiene una explicación.

—¿Se avergüenza de ti?

—No es exactamente eso. Es que no puede venir.

—¿Por qué?

—Pues... del mismo modo que no viene tu hermana. Son cosas que pasan. Pero dejemos eso. Ahora sólo queda tiempo para el adiós, Judith. Ellas se acercan...

En efecto, el cortejo ya estaba allí.

Las tres celadoras titulares del «pasillo de las elegidas» se acercaban poco a poco. Matilde y Hutta estaban rebosantes. Sólo la Morbes tenía las facciones como talladas en piedra.

—Ya tenía ganas de ver morir a una negra... —dijo la Hutta—. Cuando yo estaba aquí con éstas, tuve una compañera de color en mi celda. ¡Qué asco, qué solemne asco! Desde entonces odio a todas las que no son de mi raza.

—Tú odias a todas —dijo secamente la Morbes—. Las de cualquier raza.

—Oye, ¿qué te pasa?

—Nada. Ya estamos llegando.

Se encontraban, en efecto, ante la puerta. Matilde, que era la que estaba de turno, abrió.

Las dos mujeres aparecieron dentro.

Magda se puso en pie. Les dirigió una leve sonrisa.

—¿Ya ha llegado el momento?

—Sí. Ya debió decírtelo el sacerdote cuando te despediste de él, ¿no? Que faltaba media hora.

—Sí. Me lo dijo.

—Pues el tiempo vuela, querida. ¿Estás lista?

—Sí.

—Apóyate en nosotras.

—No hace falta. Iré por mi propio pie.

—¿De veras?

—No tengo miedo.

—Más vale que...

Pero ante la actitud serena de la condenada, Matilde se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—, no podemos entretenemos. Adelante.

Magda se volvió hacia su única amiga. La besó en ambas mejillas lentamente.

—Adios, Judith.

—A... Adios...

Se encaró con la puerta de la celda. No temblaban sus labios, ni sus manos, ni ningún músculo de su ágil y delgado cuerpo.

Judith trató de aferrarse desesperadamente a ella.

—¡No llegarán a ahorcarte! ¡En el último segundo el gobernador te perdonará! ¡Sonará el teléfono junto al patíbulo! ¡Te perdonará! ¡Te perdonaraaaaaaaá...!

Las voces llegaron hasta las otras celdas, más allá del pasillo. El siniestro repiqueteo en las puertas empezó. Las reclusas, como la otra vez, empezaron a golpear rejas y paredes con todo lo que tenían a mano; con sus cucharas, con sus zapatos, con sus uñas.

Hutta miró agriamente a la muchacha rubia.

—¿Lo ves, puerca? ¡Lo has conseguido!

El griterío aumentaba. Iba a hacerse ensordecedor. Y esta vez era distinto, porque, a diferencia de la otra, Magda tenía simpatías entre las otras reclusas.

—¡Cuando vuelva te enviaré a las duchas! —gritó Hutta—. ¡A las duchas, estúpida!

La Morbes le hizo una seña.

—Deja eso ahora, ¿quieres? Ah, lo olvidaba.

Extrajo otro sobre de su bata y lo entregó a Judith.

—Tu hermana ha vuelto a escribirte. Lo hace ahora con papel del Waldorf Astoria, ¿eh? ¡Menuda vida se pega! Hala, toma.

Judith sujetó el sobre con dedos temblorosos, pero no lo miró. Sus ojos estaban clavados en la puerta, en la alta figura de Magda. Cuando la vio desaparecer, cayó de rodillas y se puso a gemir espasmódicamente.

* * *

Al verdugo parecían temblarle las manos esta vez. Murmuró con voz insegura:

—¿Quiere sentarse?

—No. Estoy bien así, gracias.

—Como prefiera...

—Lo único que le pido es que se dé prisa.

—¿Alguna última voluntad, algún deseo?

—No.

—Le pondré la capucha.

Miraba febrilmente el teléfono que estaba a un lado del patíbulo y que permanecía obstinadamente mudo. «¡Suená, maldito! —pensaba—. ¡Suená de una vez!»

Le repugnaba tener que matar a aquella mujer que quizá se hubiese salvado de ser blanca.

Ajustó la capucha.

El alcaide hizo un gesto de asentimiento.

El verdugo caminó los dos pasos que le separaban de la palanca y puso la mano derecha sobre ella. Pero no la movió.

Sus ojos seguían quietos, hipnotizados, sobre aquel teléfono que continuaba mudo.

«¡Suená! ¡Suená de una vez, condenado! ¡Maldito sea el que te fabricó!»

Pero el teléfono continuaba mudo. Ya no habría clemencia. Ya no había tiempo para nada.

El alcaide bisbiseó:

—¿Qué esperas, Charlie?

Charlie cerró los ojos.

—Sí..., sí, señor.

Movió la palanca bruscamente. Y se oyó un chasquido.

El cuerpo de Magda se balanceó unos momentos trágicamente al extremo de la cuerda, pues pesaba mucho menos que la condenada anterior y su cuello no se había roto con la caída.

Uno de los testigos se desmayó. Otro quiso salir.

Por fin, la mujer fue quedando quieta, espantosamente quieta. El verdugo retiró la mano de la palanca y se dio cuenta de que sus dedos, de tanto apretar, se le habían quedado sin sangre.

CAPÍTULO III

LAS tres celadoras avanzaban por el pasillo de las condenadas a muerte. Iban cabizbajas, pensativas, sobre todo la Morbes. Por primera vez miraron aquel sitio con hostilidad. Y por primera vez se alegraron de que todas estuviesen vacías, porque después de la ejecución de Magda ya no quedaba en aquel momento ninguna otra condenada a muerte.

La Morbes se acercó con su corpulenta humanidad al timbre, lo hizo sonar y luego dijo por el interfono:

—Las de la limpieza... Que vengan, por favor, a hacerse cargo de la celda ocho. Hay que llevarse una colchoneta, unas prendas y luego quemarlo todo. Lo necesito limpio dentro de media hora.

Una voz ligeramente burlona sonó por el otro lado del interfono:

—Ahora venimos. ¡Qué amable que está usted hoy, tigresa!

Normalmente, ese comentario hubiera bastado para que la forzada celadora hiciese funcionar sus manos, que como mínimo causaban lesiones de las llamadas «menos graves». Pero esta vez se calló.

Fue a la celda, que estaba vacía.

—Ya se han llevado a la otra —dijo como para sí misma—. Ya ha vuelto a su sitio y ya no subirá nunca más aquí. Bueno, así es mejor...

Paseó la mirada en torno suyo. El lecho empotrado en la pared, el banquillo empotrado en el suelo, el lavabo con un solo grifo, la taza del water, la almohada y la colchoneta, las dos mantas, la toalla. Todo aquello aún parecía estar cálido, aún parecía conservar

algo de la vitalidad de Magda. La mujer se inclinó y recogió pesadamente algo que estaba en el suelo.

Era la última carta que entregó a Judith. Sin duda estaba tan nerviosa que la había olvidado cuando vinieron a sacarla de allí para devolverla a su celda.

—Siempre la han escrito desde los mejores hoteles —dijo—. Washington, Detroit, San Francisco... ¡Menuda hermanita, que sin embargo, nunca se ha dignado venir a verla! ¡La vida que se está pegando!

Abrió la carta mecánicamente y le echó un leve vistazo. Pero de pronto el más leve asombro se dibujó en sus ojos.

—¿Pero qué es esto? —murmuró.

Las otras dos miraron.

—¿El qué? ¿Qué pasa?

—¿Y ésa es una millonaria? ¡Menuda letra! ¡Los renglones saltan de un lado a otro! ¡Nunca he visto una carta así! ¡Ni que la hubiese escrito un gorila!

CAPÍTULO IV

HAY muchas zonas de Nueva York que son caras, y donde cuesta un dineral vivir. Basta preguntar precios de apartamentos en Madison Avenue, la famosa «Avenida de Cristal», para sentir vértigo, y no precisamente al asomarse a las ventanas de una de sus altísimas torres. En la Tercera, los precios están por el estilo. Y no hablemos de la Quinta.

Pero aún hay un sitio más caro en Nueva York y es la zona sur de Central Park. Allí viven habitualmente los ricos de toda la vida, allí vive, por ejemplo, Jacqueline Kennedy. Por eso un apartamento situado en tal zona no lo arrienda cualquiera. Y normalmente hay que depositar como fianza unas sumas que bastarían para vivir tres meses en otras zonas menos presuntuosas de la gran ciudad.

El taxi que se detuvo a la altura de la Calle Sesenta y Uno estaba conducido por un tipo que iba algo nervioso. Durante todo el viaje no había dejado de mirar por el retrovisor la pasajera que llevaba.

Era una pasajera de las que se dan pocas, lo mismo por su elegancia que por su belleza. Llevaba un último modelo de *pret a porter*, pero no comprado en cualquier sección de Macy's, sino en una boutique elegante de Nueva York. Calzaba zapatos de alto tacón y medias finas. Unas gafas negras cubrían sus ojos, que el taxista suponía estarían al menos a tono con el resto del cuerpo.

Ella murmuró:

—¿Es aquí?

—Sí, señorita. La dirección que usted me dio.

—Gracias. ¿Qué le debo?

—Dos dólares.

Ella le tendió un billete de cinco.

—Cóbrese tres.

—Gracias.

Luego el taxista descendió, abriéndole la puerta con los ojos brillantes.

—Le sacaré las maletas— murmuró.

Abrió el portaequipajes y las extrajo. Eran de excelente piel y llevaban docenas de etiquetas. Iba a transportarlas hasta la casa, pero un conserje impresionantemente uniformado se le adelantó.

—Permítame, amigo —dijo, apoderándose de los bultos y mirando codiciosamente a su dueña.

El chófer chascó dos dedos.

—Hala, llévesela. Toda para usted solito.

Y entró de nuevo en su taxi, cerrando malhumorado la puerta color verde y amarillo.

El conserje se inclinó hacia la recién venida, que estaba detenida en el centro de la acera.

—¿Es usted la señorita Taylor?,

—Sí.

—Bienvenida. Todo está preparado. Sígame, por favor. Todo recto.

Ella lo siguió.

Fue, efectivamente, andando en línea recta, hasta llegar a un bordillo que ascendió tras un titubeo.

—Por aquí, por favor...

Había tres peldaños. Ella los subió tras una nueva vacilación.

—El ascensor... Un momento, miss Taylor. ¡Eh, Peter!

El llamado Peter, un forzudo negro, se presentó enseguida ante la llamada del conserje.

—Diga.

—Esas dos maletas. Al piso sesenta y cinco.

—Okey.

Cuando la muchacha entraba en el ascensor recién abierto, Peter le señaló los dos bultos al conserje.

—De categoría, ¿eh?

—¿Y a ti qué te importa?

Peter se pasó una mano por la frente, ignorando la mirada reprobatoria del estirado conserje.

—Hombre, uno tiene ojos... Y a veces incluso piensa. ¿Qué ve ahí? Pues etiquetas de los mejores hoteles del país. Ella ha estado no sólo en el Waldorf, sino en otros de similar categoría. Sabe cuidarse la pobrecita. Mire, mire... Seattle, Los Ángeles, Chicago, Vancouver, las Hawai... ¡Menuda! Y ahora aquí.

El otro hizo un gesto reprobatorio.

—Ese no es asunto tuyo, Peter.

—Lo sé, pero..., ¡caray!, también tiene uno derecho a soñar. ¿O no?

El otro alzó una mano.

—Rotundamente no.

Y se dirigió tan tranquilo hacia otro ascensor, deteniéndolo en el piso donde ya le estaba aguardando la muchacha.

Ella seguía con sus gafas. Y con su figura de diosa que no sabe decidirse entre ir al Olimpo o al Parnaso. Era, de eso no cabía duda, una auténtica millonaria.

—Ahora le suben el equipaje. Por aquí, hágame el favor.

Abrió la puerta.

Se distinguió un apartamento de dos piezas, no muy grande, pero maravillosamente amueblado, que tenía la ventaja, especialmente, de contar con una soberbia terraza circular. La vista que se abarcaba desde allí era maravillosa. La mancha verde de Central Park parecía ir a perderse de vista, pero al Este, hacia los barrios elegantes, la rompían las líneas asimétricas de los rascacielos. Por entre ellos, se distinguía, muy a lo lejos, el Hudson, a la altura de la Avenida Uno. A aquella hora de plena luz, sobre todo, el espectáculo era subyugante.

—¿Qué le parece, miss Taylor?

—Bien.

El conserje parpadeó.

—¿Sencillamente «bien»?

—¿Qué he de decir?

—Oh, perdone... Olvidaba que usted está acostumbrada a vivir en los mejores lugares del país. Ya he visto sus maletas... Y de los

muebles, ¿qué dice? Todo es primera calidad. Aire acondicionado para cinco temperaturas distintas. Cuarto de baño con agua de calor graduable, desde dos grados hasta sesenta. Derecho a servicio de dos camareras en horas fijadas de antemano. Es un apartamento caro, desde luego, pero pocos ofrecen tantas ventajas. Ah... Y aparcamiento para dos coches.

—Yo no tengo ninguno.

—Es extraño. ¿No le gusta conducir?

—No puedo.

—¿Por qué? ¿Un accidente quizá? ¿Le retiraron la licencia, señorita Taylor?

Ella rio secamente.

—¿La licencia? No la he tenido nunca.

—¿Por..., por qué?

Ella alzó la mano poco a poco, hasta detenerla en el borde de las gafas.

—¿Es que no lo ha adivinado aún, amigo?

Movió aquella mano un poco más, retirando aquellas gafas.

Y entonces el conserje vio que la nueva inquilina tenía los ojos maravillosos, como había supuesto él y el taxista. Pero eran unos ojos que miraban fijamente al mismo sitio, o mejor dicho, no miraban a ninguna parte.

El hombre se pasó una mano por la boca.

Con voz espesa, balbució:

—No..., no lo hubiera imaginado.

—¿Tan extraño resulta que yo sea ciega?

—Pues..., no, claro que no. Hay muchos ciegos en el mundo, desgraciadamente. Pero tratándose de una mujer como usted...

—En fin, ya sabe por qué no tengo coche y por qué no puedo conducir. Eso es todo.

—Me permite decirle que..., que lo siento.

—Gracias.

—Supongo que la visitará un médico.

—Me han visto muchos especialistas, amigo mío, pero ninguno de ellos encuentra la solución. Debe ser porque no la hay, ¿verdad? Y ahora, basta de compadecerme.

Se puso otra vez las gafas y en sus labios se dibujó una mueca

seca, extrañamente dura. Se notaba, sólo al ver el dibujo de aquellos labios, que ella tenía que ser por fuerza una mujer de carácter.

—Lamento que no pueda ver todo esto —dijo el Conserje—. Es una perspectiva maravillosa... En fin, ni qué decir tiene que me desviviré para atenderla en todo.

—Gracias. ¿Hay papel de cartas?

—Sí, con el membrete del departamento. Ahí, en ese cajón. Oh, perdone.

Se lo había indicado, pero enseguida se dio cuenta de que ella no podía verlo. Lo abrió.

La muchacha se acercó, guiándose por el sonido.

Sus dedos largos y expertos rozaron el papel y los sobres. Extrajo una pieza de cada.

—Y ahora, discúlpeme —dijo.

—No faltaba más, miss Taylor.

—Dentro de media hora, si me hace el favor, venga a recoger una carta para echarla al correo.

—Desde luego.

Cuando la muchacha estuvo sola, se sentó ante la misma mesa y sin quitarse las gafas empezó a escribir.

Lo hacía señalando la distancia entre líneas con su propio dedo índice de la mano izquierda, que le servía de medida. Y procuraba que cada renglón resultase recto.

Era visible su esfuerzo, mientras se pasaba la lengua por los labios, como una colegiala que hace un ejercicio difícil.

Procuraba que el papel estuviera siempre en la misma posición, para que las líneas no se desviasen.

Pero, aun así, el éxito no acompañó a su buena voluntad. Porque al terminar la cara, cada renglón iba un poco por cada lado. Parecía, desde luego, si esos animales supieran escribir, una carta escrita por un gorila.

Luego puso el sobre la dirección, que le quedó mucho más aceptable.

Miss Judith Taylor.

Penal Femenino de Kansas City

Bloque 23

La hermosa muchacha salió de la ducha, se anudó el cinturón de la bata y se puso con un gesto también maquinal las gafas que había dejado sobre una de las mesas, cerca de la gran ventana de la que se divisaba la parte más hermosa de Central Park.

Hacía casi una hora que el conserje se había llevado la carta. Y casi una hora también que había solicitado el servicio de camarera, pidiendo que viniese a las doce.

La mujer palpó su reloj de pulsera, que era relativamente grande, casi como el de un hombre.

Cada hora estaba señalada por un relieve de la membrana elástica que lo cubría, de modo que el simple contacto de los dedos pudiera notarla. Hundiendo un poco con los dedos aquella suave membrana, se notaba también al contacto la posición de las gruesas agujas.

Hizo esa sencilla operación y comprobó que eran las doce menos cinco.

La camarera no tardaría en llegar.

En ese momento oyó unos leves golpecitos en la puerta.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió, volviendo a cerrarse lentamente. Se produjo un silencio largo, tenso, mientras la muchacha esperaba quieta en el centro de la habitación. Al fin, en vista de que nadie decía nada, murmuró:

—¿Es usted la camarera?

La voz masculina le hizo lanzar un respingo.

—Es usted muy bonita —dijo aquella voz—. Me lo habían dicho ya, pero creí que se trataba de una exageración.

Ella apretó nerviosamente las manos. Balbució.

—¿Quién es usted?

—Perdone, no me he presentado. Soy Cliff Anders, el dueño de este apartamento.

—Ah...

—No sé si recordará que habíamos acordado que pasaría a visitarla.

—Sí, desde luego. Cuando alquilé esto por medio de una agencia, me dijeron que usted pasaría por aquí. Pero no creí que lo

hiciese tan pronto...

—Si la molesto ahora, volveré más tarde. Veo que acaba de salir de la ducha.

—No se preocupe.

Se sentó en la butaca que tenía justamente tras ella, plegó bien la bata sobre sus rodillas y murmuró:

—¿Qué quiere?

—¿Cómo que qué quiero? Es muy sencillo. Cobrar una cantidad a cuenta. Se lo debieron decir en la agencia también.

—Sí, desde luego, pero creí que vendría un administrador y no usted mismo.

El rio silenciosamente.

—¿Y por qué no iba a venir yo mismo? No tengo otra cosa que hacer.

—¿Nada más?

—Absolutamente, nada más, señorita Taylor.

—¿Vive exclusivamente de las rentas que le deja este apartamento?

—Sí, desgraciadamente, sí. Mi padre tuvo el mal gusto de no dejarme más que esto.

Ella apretó levemente los labios, como si aquella frase le hubiera contrariado. Pero al fin se encogió de hombros casi imperceptiblemente.

—Lo que le dejara su padre no es asunto mío, señor Anders. Bien..., ya lo tengo todo preparado. Son quinientos dólares por los primeros diez días, ¿verdad?

El chascó dos dedos.

—Mil.

—¿Qué dice?

—Usted ha alquilado el apartamento por veinte días. Me interesaría cobrarlo todo.

Ella se quitó las gafas y arqueó levemente una ceja. Cliff Anders la contempló con admiración.

—Tiene usted los ojos preciosos —elogió—. Tan preciosos como el resto. Lástima que sea ciega.

—¿Ya se lo han dicho?

—Lo hubiera notado enseguida, aun en el caso de no decírmelo

nadie. Pero es que además el conserje me lo ha contado enseguida.

—Buen chico ese conserje. Así da gusto.

—¿Qué quiere que le diga? Los inquilinos pasan, el propietario queda. Al conserje le interesa estar a bien conmigo, fundamentalmente. Pero no creo que haya cometido ninguna indiscreción, ¿verdad? Ser ciego no es una vergüenza ni un delito. Bueno... Son mil dólares.

—¿Y si sólo me quedo diez días?

—Le devolveré la mitad del dinero. Considérelo como una fianza.

Ella movió negativamente la cabeza.

—Eso no es serio, señor Anders.

—Según cómo se mire. Tengo derecho a exigir una fianza, ¿no?

—En ninguna parte me ha ocurrido esto, a pesar de que he visitado todos los lugares de lujo del país —se pasó la derecha por los cabellos intensamente negros—. ¿O es que necesita usted mucho ese dinero, señor Anders?

—Verá, no vivo de otra cosa.

—¿Cuántos años tiene usted, señor Anders? Lamento preguntarle esto, pero es que no puedo verle.

—Tengo treinta años.

—¿Y no puede trabajar?

—¿Trabajar? ¿Pero qué dice?

Ella sonrió despectivamente.

—Puede que me decida a tirar ese dinero por la ventana, señor Anders, pero no se lo daré.

El otro chascó dos dedos.

—Bueno, ya que se pone así... En ese caso le diré que se lo pido porque no acabo de fiarme.

—¿Dice... que no se fía?

Y ella hizo una mueca de asombro y de irritación como si aquello fuera lo más inconcebible que le habían dicho en su vida.

—Usted puede patearse el dinero, Lorena Taylor —dijo secamente él—. Eso no lo dudo. Pero no todo es trigo limpio en torno suyo. He observado detalles de gran riqueza, pero también otros que me han llamado la atención en un sentido absolutamente contrario.

—¿Qué detalles?

El emitió una risita áspera y seca.

—Bueno, sólo se trata de uno... Pero ya es bastante. Me molesta decírselo, pero ya que estamos metidos en la conversación más valdría que seamos claros. Usted tiene una hermana en el penal de Kansas City.

—¿Cómo lo sabe?

—Fácil de deducir. Usted se llama Lorena Taylor, ¿no? Pues una tal Judith Taylor tiene grandes probabilidades de ser su hermana.

—¿Cómo sabe que ella existe?

—Más fácil de deducir aún, amiga mía. Usted ha dado una carta al conserje para que la entregara al correo, y yo he querido ver el sobre. Siempre es bueno tener toda clase de informes acerca de los inquilinos que mete aquí, ¿sabe? Me ha sorprendido mucho esa desagradable circunstancia. Una chica tan bonita y que tiene una hermana en un penal... ¡Hum! ¿Cómo se explica que usted tenga dinero y ella no?

—Pues por una sencilla razón, señor Anders. Porque Judith dio cien motivos para que la desheredasen y mi padre la desheredó. Ella no cobró más que la legítima restricta, es decir una pequeña parte de los bienes. Continuando con su línea de conducta, ella la pateó enseguida, y luego cuando el dinero hizo «plum» y se terminó, se dedicó a robar. Condenada dos veces condicionalmente, a la tercera ya fue al penal de Kansas. Sin embargo, Judith es buena chica y siempre le escribo. ¿Le parece a usted mal?

Cliff Anders arqueó una ceja.

—No, no me parece mal. Pero en fin, ése es un dato desfavorable para usted.

—Lo siento, porque en ese caso me voy a ir enseguida. Si no le gusto, no tiene por qué soportarme. En diez minutos estarán listas mis maletas, señor Anders. Le pagaré cincuenta dólares del primer día y en paz.

—¿Eh? ¿Qué dice?

—Que se le han esfumado no sólo los mil dólares, sino también los quinientos, señor Anders. Yo buscaré otro sitio. Sobran apartamentos como éste en Nueva York.

El otro movió los brazos, alarmado. Hizo media docena de

gestos de disculpa, pese a dar por descontado que la chica no podía verle.

—Bueno. No hay que tomar las cosas así. Ha sido un comentario, un simple comentario, aunque estúpido. Uno a veces, no debiera abrir la boca. Aceptaré muy gustoso sus quinientos dólares.

—Los necesita, ¿eh?

—En fin... no lo niego. Le he dicho que vivo de esto, uno tiene gastos y...

—A todos nos gusta vivir bien —dijo ella—. Eso ya lo sé.

Extrajo un talonario de cheques y midió las distancias con los dedos. Sin equivocarse escribió en la calcilla correspondiente la cifra «quinientos». Luego firmó, y un poco más arriba, siempre midiendo con los dedos, puso la fecha.

Cliff Anders tomó el cheque y pareció olerlo.

—Admirable —dijo—. Admirable, para ser una ciega.

—Lo más admirable de todo, señor Anders, es que en el Banco hay fondos. Puede cobrar cuando quiera.

—Gracias. Y...

Se dirigió hacia la puerta.

—Volveré dentro de diez días —advirtió.

Guardó el cheque amorosamente y se dirigió a la planta baja, donde tenía estacionado un «Mustang» descapotable blanco. En el diván delantero se sentaba, esperando, una rubia detonante que olía a artista de «strip-tease» a cien millas, y que había puesto los zapatos prácticamente sobre el parabrisas.

—Lo siento —dijo Cliff, poniéndose al volante—. No he conseguido todo lo que quería, mi vida. Para tener ese anillo que te prometí tendrás que esperar aún diez días.

Y le dio una palmada en aquella parte que ella enseñaba tanto. La rubia hizo un gesto de mal humor.

—Pues me parece que tú tendrás que esperar también diez días para lo otro, encanto.

Y quitó las piernas del sitio en que las tenía, para que él pudiese arrancar.

* * *

Como es natural, la nueva inquilina no salió en todo el día del

apartamento.

Una ciega no tiene demasiados sitios adonde ir, y menos en la atrafagada Nueva York. De modo que la muchacha pasó todo el día entre el salón y la terraza, escuchando música en el magnífico equipo de alta fidelidad de que estaba dotado el apartamento.

Todo eran ventajas allí. Todo eran ventajas menos en una cosa.

El apartamento no era del todo independiente.

Por uno de los lados, la terraza tocaba con la terraza del apartamento contiguo. Sólo una barandilla baja los separaba.

Eso no tenía demasiada importancia, porque la chica se dio cuenta de que el apartamento contiguo estaba vacío.

Comió a la carta, aunque muy frugalmente, servida por la camarera, y hacia las siete de la tarde tomó otro leve refrigerio. No parecía una de esas chicas que se gastan una fortuna en comer; daba la sensación de que, para ella, la comodidad y los vestidos bonitos eran más importantes que la alimentación.

Sobre las ocho salió de nuevo a la terraza. No hacía frío; sólo una leve brisa llegada del Hudson. El silencio era absoluto, porque hasta allí no llegaban los ruidos de la calle. Por otra parte, a las ocho de la noche, Central Park ya está vacío, y las avenidas que lo rodean por la parte sur, donde suele vivir gente rica y tranquila, son un verdadero desierto.

La chica aspiró el aire con fruición.

Se estaba bien allí, cara a la noche, dominando desde arriba la ciudad trabajadora y violenta.

Todo era paz en torno suyo; todo. No se escuchaba ni un susurro.

Hasta que llegó aquella voz:

—Pongan el ataúd, ahí. Sí, en el centro de la habitación. Con cuidado.

CAPÍTULO V

LA muchacha se estremeció.

Por un momento los párpados se movieron temblorosos bajo las gafas oscuras, que prácticamente no se quitaba nunca.

Se oyó un ruido de madera. Luego un suspiro.

—Ya está.

—Tome. Por las molestias.

—Gracias, señor. ¿Le ayudamos a instalar el cadáver?

—No. Lo haremos nosotros.

—Okey. Y mi pésame, señor.

Se oyó una puerta al abrirse y cerrarse. Luego nada.

El silencio más absoluto volvió a imperar en la terraza. Sin duda acababan de cerrar el apartamento contiguo.

La muchacha retrocedió poco a poco.

Sus párpados seguían temblando bajo las gafas oscuras. Sus cabellos intensamente negros, muy bien cuidados, brillaban a la luz quieta de la habitación.

Tomó el teléfono. Una voz le contestó al cabo de unos instantes.

—Conserjería, diga.

—Soy la señorita Lorena Taylor.

—Diga, miss Taylor.

—¿Qué pasa en el apartamento contiguo?

—¿Qué quiere decir, miss Taylor?

—Creí que estaba vacío.

—Lo estaba, desde luego. Pero lo han alquilado esta tarde.

—¿También pertenece al mismo dueño?

—No, ése no es del señor Anders. Pertenece a otra persona.

—Es que... —y la muchacha tragó saliva—, me parece que sucede algo incomprensible.

Hubo una vacilación al otro lado del hilo. Se notaba que el conserje estaba dudando antes de hablar.

—Siento que lo haya notado, señorita Taylor —dijo al fin.

—¿El qué?

—Bueno... Si usted me llama es porque ha oído algo. No quería decirle nada... Como tampoco a ningún inquilino.

—Pues a mí me lo va a decir. Quiero saber lo que ha ocurrido —exigió ella, imperiosamente.

—Ha sido una desgracia. Una fatalidad.

—¿A qué desgracia se refiere?

—El apartamento lo han alquilado tres amigos por una semana. Tres fulanos con aspecto de juerguistas... Y perdone que les llame «fulanos», pero ya sé lo que ocurre. Mientras no alboroten, se les consiente todo. La vida es así; unos a disfrutar y otros a morderse la lengua.

—No me interesa. Quiero saber lo que ha ocurrido.

—Pues... Pues una desgracia. Hace unas horas uno de los amigos se ha sentido mal. Ha venido un médico a todo correr, pero ya no ha podido hacer nada. Un infarto de miocardio, eso es. Se ha quedado como un pájaro. Y hace unos momentos han subido el ataúd. Procuramos que se haga siempre de noche, ¿sabe? Y el entierro también lo harán después de las ocho, no se preocupe. No la molestarán miss Taylor. ¿Acaso han hecho ruido? Sobre todo les he advertido que...

—No, no han hecho ruido. Me he enterado de lo del ataúd por casualidad, porque debían tener abierta una de las puertas de la terraza, que han cerrado enseguida. Por eso no me quejo. Lo que me molesta es que... Bueno, yo quería pasar unos días de descanso aquí. Y una no se siente a gusto sabiendo que hay un ataúd con un muerto al otro lado de las paredes.

El conserje carraspeó.

—Crea que lo siento, miss Taylor.

—¿No se puede hacer nada?

—¿Qué cree que puedo hacer, miss Taylor? No hay manera de

echar al muerto por la ventana. Crea que lo siento de verdad... Me disgusta que se haya enterado. Pero serán sólo veinticuatro horas, y los dos amigos no harán ruido, se lo prometo.

La muchacha hizo un gesto de contrariedad, pero al fin se encogió de hombros.

—En fin... Lo comprendo. Ha sido un caso de verdadera mala suerte.

—Sí, miss Taylor.

Ella colgó el teléfono.

Durante algunos minutos estuvo quieta, captando sólo aquel silencio espeso, viscoso, que poco a poco parecía ir a obsesionarla.

Luego salió a la terraza.

El aire se había hecho más fresco, más transparente.

Desde la bahía, desde el puente Varrazzano llegaba un viento muy vivo, que barría la bruma y los humos industriales de Nueva York. De una forma maquinal, la muchacha se acercó a la barandilla que separaba los dos apartamentos. Ningún sonido llegaba de allí. Todas las puertas debían estar ya bien cerradas.

Distraídamente fue tanteando la barandilla con sus manos, mientras silbaba una suave cancioncilla.

Era una cancioncilla triste, que hablaba de nostalgia y de amores perdidos.

Hasta que de pronto ella dejó de silbar.

Sus facciones quedaron lívidas, rígidas.

Sus dedos yertos.

Porque con ellos acababa de tocar una mano. Una mano que descansaba también en la barandilla.

CAPÍTULO VI

TODO el cuerpo de la muchacha se estremeció, mientras las pestañas aleteaban bajo las gafas negras.

—¿Miedo? —preguntó alguien.

Era una voz suave, pero un poco ronca.

Ella murmuró:

—No, no tengo miedo. ¿Por qué había de tenerlo?

—Se ha llevado una sorpresa.

—Ninguna sorpresa. Usted es uno de los vecinos del apartamento contiguo. Y le había visto antes.

La voz volvió a sonar, pero ahora con tono divertido.

—No, no me había visto.

—¿Por qué dice eso?

—Es usted ciega.

Ella retiró vivamente la mano, mientras volvía a temblar.

—¡Nadie ha podido decirle eso! —gritó.

—Se nota.

—¡No, no se nota! ¡Yo sé perfectamente que no se nota! ¡Me muevo con soltura apenas conozco un poco el sitio donde estoy! ¡Y sé guiarme por una voz! ¡Y seguir una línea recta!

—Bueno, con eso confiesa que es ciega.

—Pero usted no podía saberlo.

—Estaba seguro.

—¿Por qué?

—Por la carta.

—¿Qué carta?

La voz dijo secamente:

—Nadie nos oye ni nos ve. En esta torre del edificio estamos tan aislados como en un pedazo del Sahara, amiga mía. Y conviene que hablemos claro.

—¿Hablar... de qué?

—De muchas cosas. La primera de ellas es ésta; no crea ni por un segundo que estamos aquí casualmente. Nos ha costado un poco encontrarla, pero al fin lo hemos conseguido. Y nos ha venido estupendamente el hecho de que el apartamento contiguo al suyo estuviera desocupado. Ni a propósito, créame.

—¿Lo han alquilado... para estar junto a mí?

—¿Usted qué cree?

—¿Pero por qué?

—Necesitamos hablar con usted, eso es todo —dijo la voz—. Y le advierto que somos dos y no estamos dispuestos a bromas.

—Creí que eran tres.

El hombre rio.

—Vaya, ya ha hablado con el conserje... Una chica lista y curiosa, como los cánones mandan. Desde luego, éramos tres, pero ha sucedido una desgracia.

—¡Eso no importa! —masculló la voz, como si al hombre le molestara confesarlo—. ¡Con dos nos bastamos! Y ahora, dígame de una vez, antes de que las cosas se pongan feas; ¿dónde está la cabeza del muerto?

Ella se estremeció.

—¿Queeeeeé?

—No se haga la tonta. La cabeza del muerto, sí. La calavera, si quiere darle otro nombre. Hay muchas personas que las emplean como pisapapeles. Muchos religiosos las tienen delante, sobre su mesa de trabajo, para acordarse de la muerte. Y usted, ¿dónde la tiene?

—Yo no tengo ninguna calavera. Eso es ridículo.

—No, no la tiene visible; eso es cierto. Yo mismo he saltado la barandilla y he mirado por los cristales de su terraza mientras usted comía de espaldas a mí. No he podido distinguir la calavera, pero debe tenerla. Lo sé por la carta.

Ella se estremeció otra vez, hundiendo la cabeza sobre el pecho,

y apretó los labios como queriendo darse fuerzas a sí misma.

—Está loco —dijo—. No sabe de qué habla.

—No, ¿eh?

—¡No! ¡Y voy a llamar inmediatamente a la policía!

—Eso podría molestar a su hermanita Judith. Podría perjudicarla.

—¿Qué... Qué dice?

El otro volvió a reír.

—¿Ve cómo entra en razón? ¿Pero por qué hablamos aquí, en la terraza? Supongo que me invita a pasar a su apartamento, ¿verdad? No se moleste, conozco el camino.

Se oyó el ruido de dos pies al tocar el suelo junto a ella. El otro acababa de saltar la barandilla.

—¿Cómo se atreve...?

—Más vale que hablemos con calma, ¿no? Y hasta la invitaré a un trago. Llevo una botella petaca en mi pantalón.

—No bebo, y menos con desconocidos.

—Oh, pero si yo no soy un desconocido. Usted y yo somos grandes amigos, Lorena. Llevo casi toda la tarde viéndola. Pero no he venido a hablar de sus piernas, que también he visto, sino de una calavera. Ah... Me llamo Malone.

Y entró.

Ella, ante el hecho consumado, no tuvo más remedio que seguirle.

Malone se había sentado en el diván. Sacó un papel del bolsillo, lo desdobló y se lo puso a ella en la mano.

—Tome.

—¿Qué es esto?

—¿Qué va a ser? La carta.

—No puedo leerla.

—Vamos, no sea niña. Al que me ha costado trabajo leerla es a mí. Está escrita con un punzón y empleando el sistema Braille, o sea la escritura para ciegos. ¡Menuda broma! Pero usted la leerá de corrido y perfectamente.

Ella vaciló. Sus labios temblaban.

—¿De dónde ha salido esto, señor Malone?

—Del penal femenino de Kansas City.

—¿Qué dice?

—Su hermanita Judith la escribió. Sólo le ha escrito una carta desde que la detuvieron, que yo sepa. Y lo hizo bien. La pobrecilla se había esforzado en aprender el sistema Braille.

—No lo aprendió entonces. Cuando yo quedé ciega y me lo enseñaron a mí, vivíamos juntas. Ella, por simple curiosidad, asistía a las clases. Desde entonces lo conoce tanto como yo.

—De acuerdo, de acuerdo. No le he pedido explicaciones.

—Pero yo sí que se las pido. Esta es una carta dirigida a mí. ¿Cómo llegó a sus manos?

—Mi dinero me ha costado. Las reclusas, naturalmente, tienen que entregar a las celadoras las cartas que escriben, para que sean censuradas y lanzadas luego al correo. Esa carta fue a manos de una celadora que es una arpía. Una tal Hutta... Mediante el pago de la módica suma de cincuenta dólares, ella me la entregó a mí. Y además se ahorró el dinero para el franqueo que le habían entregado.

—Pero eso es..., es...

Malone se encogió de hombros.

—De acuerdo, ya le he dicho que Hutía es una víbora, pero la carta ya está en mi poder. Léala.

—Es absurdo. ¿Qué interés puede tener la carta de una muchacha condenada por pequeñas raterías? ¿Es que ustedes vigilaban su correspondencia?

—La suya no, pero sí la de su única amiga, una negra llamada Magda, a la que ahorcaron hace un par de semanas por asesinato.

—¿Y con qué objeto?

Malone dio un golpecito a la carta, haciendo crujir el papel.

—Está dirigida a la última dirección que usted tuvo, es decir al Waldorf Astoria. Hala, demuéstreme lo bien que lee. Demuéstreme que es una ciega de las que dan gusto.

Ella pasó sus dedos por los relieves que el punzón había trazado en un papel grueso.

Cuando terminó, estaba terriblemente pálida.

—¿Qué dice? —susurró Malone.

—Usted lo sabe... tan bien como yo.

—Cierto... Ya le he dicho que me costó algún trabajo, pero la leí. Dice que su única amiga fue ejecutada por asesinato, y que ella le hacía compañía, porque la condenada lo pidió así como última gracia. Antes de morir, Magda le hizo una confesión.

Ella no contestó.

Sus dedos estaban crispados sobre la carta.

—Le dijo —continuó Malone— que su marido, es decir el de Magda, no era trigo limpio. Que había conseguido una fortuna a costa de otros, y que esa fortuna, consistente en media docena de diamantes, la tenía oculta en el interior de una calavera. No necesito decirle que los «otros», es decir los estafadores, somos mi amigo y yo.

—¿De qué clase de fortuna se trata? ¿Cómo la consiguió?

—No tengo inconveniente en contárselo, pese a que esa es una gestión al margen. El marido de Magda formaba parte de un grupo de espías internacionales que se desenvolvía con éxito. Ese grupo lo formaban cuatro personas; el marido de Magda, el que ahora está muerto en el apartamento contiguo, mi amigo que le vela, y yo, servidor de usted. ¿Satisfecha?

—Sí, siga.

—En esta vida todo el mundo espera una oportunidad, ¿sabe? y nosotros la tuvimos. Cayó en nuestras manos un secreto que valía millones, un secreto relacionado con los planes norteamericanos para la conquista del espacio. Sólo lo podíamos ofrecer a los rusos, y a los rusos lo ofrecimos. Hubo sus tanteos, como siempre. Sus granujerías, como siempre. Al fin ellos se convencieron de que el secreto valía la pena y nosotros nos convencimos de que estaban dispuestos a pagar. Percibimos un anticipo y nos exigieron una sola condición; que la mercancía fuese entregada en Moscú, ya que ellos tenían muy vigilados todos sus agentes en los Estados Unidos, y no podían comprometer a ninguno. De modo que Richard, el marido de Magda, que era el más inofensivo al parecer, pidió un visado para visitar la URSS como turista y lo consiguió. Fue a Moscú con la mercancía, la entregó y cobró su precio. Todo correcto.

Ella balbució.

—¿Y a mí qué me importa eso?

—Espere, espere... Aún no he terminado. Le he dicho que hasta ahí todo fue correcto, pero las cosas siguieron luego por un cauce

distinto. Richard, el muy puerco, había cobrado en oro, como nosotros le dijimos; ese oro debía entrar en los Estados Unidos por medio de unos amigos nuestros, contrabandistas. Pero el muy maldito, se fue a Amsterdam, donde nadie le preguntó por qué llevaba la maleta llena de metal amarillo. Compró legalmente los diamantes más hermosos que pudo encontrar y los depositó en una calavera auténtica, de las que como le he dicho sirven para pisapapeles a veces: Allí, pegados por dentro con cinta adhesiva, ni se veían ni llamaban la atención por su peso. Regresó tranquilamente a los Estados Unidos en una fecha distinta de la que teníamos fijada. Y no nos dio ni los buenos días, claro. No hemos vuelto a verle más.

Malone dejó de hablar, mirando fijamente a la mujer. Ella carraspeó un momento.

—Si Richard no les vio más, ¿cómo saben que hizo todo eso?

—Se lo contó a su mujer, que ya estaba detenida por asesinato.

—¿Y ustedes cómo leyeron la carta?

Malone rio.

—Le he mencionado a Hutta, ¿no?

—La maldita...

—Bueno, llámele lo que quiera... Ella ni se enterará. Hutta nos dio la carta sin abrir, la fotografiamos y se la devolvimos. Naturalmente, ni ella ni los encargados de la censura en el penal se enteraron de su contenido. Estaba escrita en una clave muy sencilla, que nosotros conocemos y por lo visto Magda también; de cada cinco palabras valía una. De modo que bastaba subrayarlas y leer de corrido. El que no supiera eso, creía que aquélla era una carta un poco tonta, pero no se enteraba de nada.

La muchacha susurró:

—¿Por qué había él de informar a su mujer?

—Cuerno, por la siguiente razón: supongamos que Richard decide dejar «dormir» la calavera, como aconseja la prudencia; supongamos que, mientras, busca un buen escondite en el país, ya que a él no le gusta vivir fuera de los Estados Unidos; supongamos que deposita la calavera en la consigna de cualquier estación de las miles de ellas que hay en el país, y que se guarda la llave o el resguardo. Supongamos, por fin, que nosotros le echamos el guante,

yo le juro que la llave o el boleto aparecen. ¡Vaya si aparecen!

Hizo crujir los nudillos y continuó:

—Pero él no tiene nada de eso. El pobrecillo lo ha enviado a su mujer, a la que no podemos interrogar porque está en la cárcel. No hay quien le saque nada, aunque le matemos. Y no podemos matarle porque nos quedamos sin llave y sin resguardo. En efecto, su esposa es una condenada a muerte, y cuando la ejecuten sólo Richard tiene derecho a retirar sus cosas; nosotros no. Por tanto la llave o el resguardo están perfectamente seguros, por lo menos hasta que Richard vaya a retirarlos. Tampoco sirve de gran cosa el que nos diga en qué consigna está la calavera. Nos engañará un millón de veces, nos hará recorrer el país entero, sabiendo que no podemos matarle. Las torturas las resistirá, porque el botín vale la pena. ¿Se da cuenta de la situación?

Ella farfulló:

—Sí.

—Le hablo en hipótesis, claro. Aún no hemos capturado a Richard.

—Me habla en una hipótesis absurda —murmuró la muchacha—. Si eso lo tiene o lo tenía Magda, ¿qué me cuenta a mí? Yo soy una mujer respetable, y además rica. ¿Qué tengo que ver con una pandilla de espías y de ladrones? ¿Por qué me relaciona con una condenada a muerte?

—Porque las cosas pudieron sufrir un ligero cambio. Y lo sufrieron. Magda ya ha sido ejecutada, pero hemos sabido que no dejó objetos personales. Ni una carta, ni un rasguño, ni una llave. Por tanto hemos de suponer que lo entregó todo a su mejor amiga; su hermana de usted, es decir Judith.

—Aun sabiendo que lo entregara a Judith, yo...

Malone chascó dos dedos.

—Menos cuento, nena.

—¿Qué quiere decir? ¿Cómo se atreve a...?

—Hemos sabido que Judith le escribió otra carta. Pero ésta no pudo ser interceptada por Hutta, ya que ese día ella no estaba de servicio; sólo pudo conocer su existencia por la relación de efectos enviados que se extiende en la oficina de correos del penal y nos avisó enseguida. Era una carta dirigida al Waldorf Astoria, donde

usted se hospedaba antes. De modo que ahí iba el boleto, hermana. Ya no diré la llave porque desde el penal no la hubieran enviado. Pero un resguardo sí. Y usted lo tiene.

La muchacha entrelazó sus dedos nerviosamente.

Sus facciones estaban muy rígidas.

Se quitó las gafas para frotarse los ojos y se las volvió a poner con un gesto de cansancio.

—En efecto, recibí esa carta —dijo—, pero era rutinaria. Una felicitación por mi cumpleaños.

—¿Sí, eh?

—Ustedes se equivocan conmigo. No tienen ninguna prueba de que Richard enviara el resguardo a Magda; ninguna prueba. Por el contrario, caso de haberlo recibido Magda, esa maldita Hutta se lo hubiera dicho enseguida.

—Es que Hutta no lo sabía todo. Eran tres las celadoras del pasillo de las condenadas a muerte, y hubo de ser otra la que entregó a Magda la carta con el resguardo. Una de ellas, una tal Morbes, le explicó a Hutta que, efectivamente, había entregado a Magda una carta de su marido, pero no le dijo si en ella había algo más o no. Quizá no lo recordaba. En cuanto a Magda, no daba explicaciones, claro.

—Hutta pudo registrarla.

—Je, je... Magda, al revés que otras condenadas, era una chica piadosa. Recibía al capellán dos veces por semana. Y pudo entregarle el resguardo bajo secreto de confesión, con el encargo de que lo entregara, una vez muerta ella, a la persona que le hubiese designado. A su hermanita de usted, a Judith... Y Judith se lo envió a usted. Eso lo sabemos.

La muchacha volvió a estremecerse.

Con un soplo de voz balbució:

—Se equivocan... Es absurdo lo que dice. No tengo ese resguardo ni lo he tenido nunca. Tampoco lo hubiera aceptado, sabiendo su procedencia.

—Le repito lo mismo; menos cuento, nena. Unos millones de más a nadie le estorban. Y los diamantes están adquiridos legalmente en Amsterdam, de modo que usted puede venderlos en Tiffany's, si le apetece, y a la luz del día. Mercancía limpia, ¿sabe?

Toda una tentación.

Ella negó con la cabeza.

—Además —dijo Malone—, su hermana no tenía a nadie a quien enviarle eso. Ella no podía guardarlo. Usted, en cambio, estaba libre de sospecha. La carta que yo le acabo de entregar es la explicación de por qué le envié el resguardo. Es para que usted sepa a qué atenerse; en la primera carta ya debió darle algunas explicaciones, aunque no tantas.

—Se equivoca; se sigue equivocando. Todo esto es absurdo.

—¿Sí?

La voz de Malone era burlona.

Se levantó y empezó a trajinar. Ella le oía moverse a su espalda, registrar por todas partes. Estuvo cerca de media hora así. Luego chascó dos dedos.

—Siento haber destrozado hasta los forros de su equipaje —dijo—. Pero no hay nada.

—Se arrepentirá de...

—Cállese, imbécil —la voz de Malone había cambiado, se había vuelto despiadada y dura—. He registrado también sus vestidos, rasgando los forros de los que los tenían. Pero un pedacito de papel se esconde en cualquier sitio. Puede usted llevarlo incluso cosido al portaligas. De modo que vamos a verlo.

Ella fue a gritar. Se llevó las manos a la boca.

La voz de Malone la cortó.

—No le valdrá de nada hacerse la tonta. Podría ir a estrellarse contra la calle, nena. Y a nadie le extrañaría que una ciega hubiese caído abajo, desde un apartamento que no conocía apenas.

Ella se estremeció brutalmente.

Demasiado se daba cuenta de que aquello era verdad.

La voz de Malone volvió a sonar.

—¡Eh, Jim!

Otro tipo había entrado por la terraza y estaba ya en la puerta de la habitación. Ella sin volverse, oyó sus pasos quedos llegando hasta su espalda.

La voz de Malone ordenó:

—Póngase en pie.

Ella lo hizo.

Le temblaban la mandíbula, los labios. Temblaba toda ella.

—Voy a advertirle una cosa —dijo la voz de Malone—. Como mujer es preciosa, pero ahora no nos interesa. De modo que si lo que siente es vergüenza puede ahorrarse el trago. Incluso le daremos facilidades; no le pondremos las manos encima. Pero o se quita ahora mismo todo lo que lleva encima, o hace el pajarito del rascacielos hasta la calle. Elija.

Ella retorcióse los dedos desesperadamente, junto a su boca.

—No... No me dejan elegir.

—Claro que no. Adelante.

Ella vaciló.

Se quitó las prendas.

Lágrimas de indignación resbalaban por sus mejillas, por debajo de sus gafas.

Lo miraron, lo registraron, lo destrozaron todo.

—Nada.

—Lo que es encima no lo llevaba. La muy maldita...

Le tendieron una bata que antes ya habían registrado. La muchacha se cubrió enseguida con ella.

—Y ahora, óyenos bien.

—Les... les oigo.

—Tú tienes el resguardo y sabes dónde, de modo que haz memoria. De nada te servirá tratar de salir de aquí, porque te seguiremos y si es necesario te eliminaremos. Y ahora presta atención a la parte más importante del discursito, nena; tienes de tiempo toda esta noche para que tu cabecita recuerde. Exactamente hasta las ocho de mañana. A esa hora, precisamente, el reloj de la vida habrá dado para ti una vuelta demasiado larga, y cansado de girar, se parará. Irás a la calle, ¿sabes? Y todo el mundo comentará con pena el caso de la cieguita que tropezó con una baranda demasiado baja.

Los dedos de los dos hombres produjeron un chasquido casi simultáneo. Y los dos salieron, cerrando las cristaleras que daban a la terraza.

Apenas ella quedó sola, un temblor convulso recorrió su cuerpo. Pero se dominó.

Se dirigió hacia el teléfono cuya colocación ya conocía bien. Lo

descolgó.

No produjo la menor señal.

Comprendió entonces mientras una súbita lividez asomaba a sus facciones, que lo habían desconectado. Seguro que el cordón estaba roto. Lo habían dicho bien; estaba tan aislada allí como en un rincón del Sahara.

Pero aún tenía un recurso, y era pulsar uno de los timbres. Lo hizo.

Poco después se presentó una de las camareras que aún estaba de servicio.

—Diga, señorita.

—Quiero hablar con el conserje.

—Desde luego, pero... —miró extrañada en torno suyo—. ¿Es que el teléfono no funciona?

—No, y no comprendo por qué. Mírelo usted misma.

La doncella siguió el cordón. Tomó el extremo en sus manos.

—La clavija está rota. No lo entiendo.

—Llame al conserje. Hará falta repararla.

—Sí... Sí, señorita.

La doncella salió.

Minutos después, el conserje se presentaba respetuosamente en la puerta.

—Diga, miss Taylor.

—La clavija del teléfono se ha roto, no comprendo por qué. Hay que repararla.

—¡Qué extraño! Bueno... De todos modos, eso sólo puede hacerlo la compañía de teléfonos, señorita.

—Pues llame y que vengan.

Ella sabía que podía decirle perfectamente al conserje que él mismo llamara a la policía. Pero no se fiaba de él, como no se fiaba ya de nadie. Sólo estaría tranquila si hablaba con la policía ella misma.

Notó que el otro vacilaba.

—¿Qué le ocurre?

—Esto lo ha roto usted. Quiero decir, ha sido un descuido. Habrá que pagar la reparación. La compañía la cobrará.

—¿Y qué?

—El señor Anders, el dueño, me tiene dicho que no encargue reparaciones sin su permiso. Prefiero preguntárselo.

—¿Para qué perder tiempo? El dinero ya se lo daré yo.

—No, no es eso... Sólo quiero que lo sepa. Y son cinco minutos. Sé dónde encontrarlo.

—De acuerdo, pero no se retrase más —la desconfianza de la muchacha aumentaba—. Oiga...

—Diga, miss Taylor.

—Lo que yo hable, ¿pueden oírlo desde algún otro sitio?

—No, señorita. La línea es automática.

—¿Seguro?

—¡Y tan seguro! Nadie se entera ni siquiera de que usted llama.

—Bueno... vaya y no pierda tiempo.

El conserje salió.

Fue a la planta baja y salió del portal, pero para meterse en otro del mismo edificio. Allí había una boite. Le gustaba meterse allí siempre que podía, sobre todo a aquella hora, para ver chicas que jamás le hacían caso.

Bueno, en cambio al dueño del apartamento..., ¡qué vida se pegaba el muy maldito! Siempre alternando con ellas. Así se explicaba que el muy buitre estuviese siempre a la última pregunta.

Distinguió a Cliff Anders en un rincón de la barra. Su juvenil y atlética figura destacaba entre los habituales clientes del local, que en su mayor parte eran tipos barrigudos y fofos de esos que a los cincuenta revientan de un infarto de miocardio.

—Señor Anders.

El otro le sonrió.

—Hola, muchacho.

—Se ha estropeado el teléfono del apartamento que ha alquilado esta mañana. Hay que avisar a la Compañía... y pagar.

Cliff mostró sus manos vacías.

—Pues estoy sin blanca, amigo. Justo para pagar el whisky que me estoy bebiendo. ¿Has visto la muñeca de esta mañana?

El conserje puso los ojos en blanco.

—¿Qué si la he visto?

—Pues me ha soplado quinientos. Así, como te lo digo. Quinientos... ¡Blum! Se los ha tragado de un mordisco. Y encima diciendo que me hacía un favor, que si el anillo, que los pendientes, que si la caraba. En fin... ¿Tanta precisión de telefonar tiene esa chica?

—Parece que sí. Y paga cincuenta diarios, no lo olvide.

—Pues avisa y que vengan. Ya lo arreglaré de algún modo.

—Tiene que hacerlo usted.

—¿Qué?

—¿No recuerda? ¡Qué mala memoria tiene para las cuestiones de dinero, señor Anders! Fue cuando puso la instalación supletoria nueva. Tardó en pagar y luego se disculpó diciendo que si no lo había encargado usted, que si lo había encargado yo. Cuentos... Moraleja: no vendrán más si no llama usted mismo. Y así, si luego no paga, le pueden demandar, incluso por simulación, además de cortarle la línea. De modo que muévase.

Cliff Anders bostezó.

—Bueno, tú siempre tienes razón. El mundo es de los nombres honrados... Dile a esa señorita que ya has avisado. Yo lo haré enseguida. Que esté tranquila y que lo arreglarán pronto.

—De acuerdo... Pero no se olvide, señor Anders.

—¿Cómo me voy a olvidar, hombre?

Bebió un sorbo de su whisky y se dirigió al teléfono mientras el conserje salía.

Un tipo que había entrado tras él, sin que nadie lo advirtiese, y que llevaba ya un rato allí, muy cerca, se acercó a Cliff Anders.

—Eh, amigo.

—¿Quién es usted?

—Llámeme Malone.

—Pues tengo mucho gusto en conocerle, Malone. Y tengo mucho gusto en enviarle al cuerno. Hala, váyase a aquella esquina y tóquese las narices. No sabe el gusto que da.

Malone hizo un suave gesto.

Extrajo un billete de a cien y lo pasó delante de los ojos de Anders.

—¿Quiere que me toque las narices... con esto? ¿O prefiere tocárselas usted?

Las facciones de Cliff habían cambiado. Sonrió con desenvoltura.

—Hombre... Creo que pasarse de vez en cuando un papelito de esos por la cara va muy bien para el cutis. Se le pone a uno nuevo.

—Es suyo.

—¿A cambio de qué?

—Sencillamente, olvídese de lo que le ha dicho el conserje. Se ahorrará trabajo y dinero.

—¿Por qué había de hacerlo? ¿Por qué no quiere que llame al exterior, miss Taylor?

—Cuestión de negocios, Soy abogado —hizo una seña como para exhibir un carnet, pero no lo sacó—. Ella tiene hasta las doce de esta noche para denunciar un contrato que a mí me conviene siga en vigor. Me interesa muchísimo que no pueda hacerlo. Mañana será otra cosa, ¿comprende?

Cliff se encogió de hombros.

—Me encanta ayudar a mis amigos —dijo.

Y se embolsó el billete.

—Así me gusta —dijo Malone—. Es usted un tipo que llegará.

Cliff Anders se acercó a la rubia sentada en el taburete y que había mirado el billete codiciosamente.

—Ya he llegado —dijo con toda tranquilidad.

CAPÍTULO VII

LA muchacha escuchaba el tic-tac de su propio reloj. Notaba el paso de los minutos como gotitas de ácido que fueran cayendo poco a poco sobre su cabeza.

Le parecía increíble que los empleados de la compañía telefónica no hubieran llegado aún.

Tenía la sensación de que había transcurrido ya un larguísimo tiempo, desde que ella habló con el conserje.

Al fin se impacientó. No podía estar esperando más.

Pulsó otra vez el timbre que servía para llamar a la doncella, pero esta vez nadie acudió. Comprendió el por qué al palpar de nuevo las agujas de su reloj, a través de la membrana flexible; eran ya casi las diez. El servicio a que el apartamento tenía derecho llegaba hasta las nueve de la noche.

Pronto el conserje desaparecería también, y entonces ella estaría completamente sola.

Retorciéndose las manos nerviosamente, pensó en las posibilidades de que aún podía hacer uso.

No tenía prácticamente ninguna.

¿Ponerse a pedir auxilio en la escalera? Era igual que pedir a gritos que los del otro apartamento la matasen. Igual ocurriría si intentaba salir de allí.

Lo mejor era lo que ya había intentado hacer; llamar discretamente desde su propio apartamento, cuando los otros creían que el teléfono estaba estropeado. Pero para eso haría falta que se lo arreglasen.

Los pensamientos se atropellaron en su cerebro. Durante unos

minutos no supo qué hacer.

Oyó entonces ruido en el apartamento contiguo. Las pisadas de dos hombres.

Eran unas pisadas que se alejaban; los llamados Jim y Malone abandonaban por unos momentos su cubículo.

Seguramente iban a comer algo fuera, dando por descontado que ella estaba aislada y que no podría pedir ayuda a nadie.

Con todos los nervios en tensión, la muchacha esperó.

El ruido de los pasos no podía engañarla. Definitivamente se iban. Oyó el ruido del ascensor, que subía y luego volvía a bajar.

Apretó los labios.

La idea, de repente, le pareció genial. Llamaría a la policía desde el propio apartamento de sus enemigos: Estos le habían dejado en sus manos un arma insospechada.

Cuando creyó que había transcurrido un tiempo prudencial, para asegurarse de que no volvía, salió a la terraza.

En ésta hacía bastante frío ya. El viento que llegaba desde el sector del Puente Varrazzano era racheado y en algunos momentos gélido. Entonces se dio cuenta ella de que lo sentía mucho más porque sólo llevaba una bata.

Se abrochó bien y volvió a escuchar. Nada se oía en el otro apartamento. Pasó sus pies ágilmente por encima de la barandilla y saltó.

Aquello era peligroso, al menos a ojos de un testigo presencial, porque un error de orientación podía provocar una catástrofe, sencillamente, que saltara por una barandilla más allá de la cual sólo estaba el vacío.

Pero no se equivocó.

Al encontrarse en el otro apartamento, vaciló unos instantes. Palpó los cristales que daban entrada al mismo, desde la terraza. Esta era sensiblemente igual a la suya. Presionando con los dedos en los cristales, logró que estos se deslizaran sobre las guías. Entró. Seguía sin escucharse el menor ruido.

Sabía que todo aquello podía ser una trampa, y que los dos compinches podían haber fingido salir para regresar en silencio y sorprenderla allí, Dios sabía con qué propósitos.

Pero esa sospecha no se confirmó. El apartamento estaba

desocupado en aquellos momentos. Sólo se percibía el leve zumbido del aire acondicionado. Las manos de la muchacha palparon los diversos objetos.

Partía de la base de que alguien podía estar viéndola, de todos modos. Y por eso no se fiaba.

Sus manos resbalaron de pronto sobre una superficie lisa.

Al principio creyó que era una mesa, pero estaba demasiado alta para eso, y por otra parte aparecía algo inclinada, circunstancia que en una mesa sería absurda.

De pronto recordó lo que había oído antes, desde su propio apartamento. Y comprendió en un instante lo que aquello tenía que ser.

¡Se trataba del borde de un ataúd!

Sus manos bajaron rápidamente, hasta rozar algo más; los dedos espantosamente quietos de alguien que estaba dentro de aquel ataúd.

Contuvo un gemido. Retiró las manos como si en ellas hubiera sentido una descarga eléctrica.

Por unos momentos estuvo quieta allí, transida, estupefacta, mientras su corazón latía alocadamente.

El silencio seguía siendo terrible. El leve ruido del aire acondicionado parecía ahora un estruendo.

Ella no perdió la serenidad.

Había allí un cadáver. ¿Y qué? Ya lo sabía desde antes, y por otra parte, si vamos a analizar, un muerto es una cosa tan natural como un vivo. De modo que no había por qué inquietarse.

Un muerto no iba a hacerle ningún daño. En todo caso eran los otros los vivos, quienes se lo harían.

De modo que siguió palpando y buscó el teléfono.

Lo encontró sobre una mesita, en una situación muy próxima a la que tenía en su propio apartamento. Al parecer, ambos eran casi gemelos. Descolgó febrilmente y trató de disar. Pero tampoco aquí captaba la señal de llamada.

Sus facciones se volvieron grises. Sin colgar, fue siguiendo el hilo poco a poco.

Llegó al final y comprobó lo que ya temía. El cable también había sido roto. Lo mismo Malone que Jim calcularon que ella

podía emplear aquella estratagema, si ambos salían. Y la habían dejado sin esa única arma.

Por supuesto, ellos no necesitaban el teléfono. Y en caso urgente, uno de los dos podía salir a llamar desde una cabina pública.

La muchacha respiraba febrilmente.

Ahora que los dos estaban fuera, pediría socorro. Algún vecino la oiría. La ayudarían antes de que aquel par de granujas llegasen.

Se dirigió hacia la terraza, pero para ello tenía que pasar muy cerca del ataúd.

Sus dedos seguían palpando el aire.

Avanzó pesadamente, paso a paso, como calculando las distancias.

Sus dedos rozaron otra vez el borde de la caja de caoba. Y descendieron enseguida fugazmente hasta llegar a las manos del muerto.

Hubiera jurado que la posición de aquellas manos no era la misma. Antes la derecha se apoyaba completamente sobre la izquierda, cubriéndola. Ahora, en cambio, la izquierda se mostraba casi entera.

Claro que no podía estar segura.

Era sólo una sensación confusa, lejana, a la que resultaba difícil dar crédito.

De todos modos su respiración pareció cortarse. Sus hombros se encogieron súbitamente.

Estuvo a punto de lanzar un grito de horror.

No lo hizo, sin embargo, Era muy peligroso perder la serenidad allí. Bordeó el ataúd y salió de nuevo a la terraza.

El viento se iba volviendo cada vez más gélido. A aquellas alturas, se oía silbar con fuerza.

Saltó la barandilla, tras palparla bien, y entró de nuevo en su apartamento. Ahora sí que se movía con gran naturalidad, porque lo conocía perfectamente bien. En línea recta se dirigió hacia la puerta.

No llegó a ella.

Cuando tocó el pomo, le pareció recibir una descarga eléctrica. Porque la mano ya estaba posada en él. Una mano helada y dura.

Una voz que ya conocía, la voz pausada de Malone, preguntó:

—¿Satisfecha de la excursión, Lorena Taylor?

Ella quedó como sobrecogida, con las manos apretadas junto a su boca. Alguien le puso de pronto un cigarrillo en los labios. No podía ser Malone, porque las pisadas habían venido del otro lado. Seguro que se trataba de Jim.

—¿Quieres fumar, preciosa?

Ella escupió el cigarrillo:

—¡Déjeme!

—Claro... Claro que vamos a dejarte, nena —era otra vez la voz de Malone—. Pensamos estarnos aquí toda la noche, como tú sabes. Esto es sólo una advertencia..., pero quizá será la última.

La derecha de Malone dio un brusco golpe en uno de los senos, produciéndole un terrible dolor. Ella se encogió. Entonces, Jim, riendo, le dio un cachete en cierta carnosidad que ella había tenido que destacar repentinamente al encogerse.

Gimiendo, más por la humillación que por el dolor, la muchacha se dejó caer al suelo y allí quedó encogida.

Oyó la voz de Malone, que parecía llegar omnipresente desde las alturas.

—Todo esto ha sido una prueba —dijo—, para saber hasta qué punto eras una chica decidida. Y quizá lo eres demasiado. Demasiado, porque tener tanta decisión no es bueno para la salud. Podíamos haber hecho muchas cosas contigo, ¿sabes? Pero ahora ya estás advertida. No podrás hacer nada, nada absolutamente. Más vale que te decidas y nos digas la verdad. Esa es tu única salida.

Jim insistió:

—Lo que acaba de suceder, te indicará que estás bien acorralada.

Ella no contestó. No hacía falta, porque ya lo sabía. Sabía, que estaba acorralada. Poco a poco se fue poniendo en pie cuidando de abrocharse bien la bata. Luego se encajó bien las gafas, que habían estado a punto de caérsele. Se la veía terriblemente pálida.

Malone dio un codazo a su compañero.

—Ya está bien. Vamos.

Se oyeron los pasos de los dos alejándose hacia la terraza. La muchacha parecía beber materialmente el sonido de cada uno de

aquellos pasos, porque eso significaba que al menos aquellos dos buitres se alejaban de allí. Pronto oyó el ruido de la cristalera al cerrarse, y entonces quedó quieta, sintiendo como si se le hubiera halado la sangre.

No cabía duda de que Malone y Jim podían entrar en su apartamento cuando quisieran, y no sólo a través de la terraza, sino también de la puerta. Debían haber estropeado la cerradura a propósito, de modo que ésta pudiera abrirse fácilmente.

Hundió la cabeza sobre el pecho, mientras reflexionaba febrilmente.

Tenía la sensación de estar en un callejón sin salida. De haberse metido en una aventura de la que sólo saldría muerta.

Todas las esperanzas parecían haberse perdido después de su última experiencia.

¿Perdido?

No. Las esperanzas aún no estaban extinguidas. Las cosas aún podían cambiar.

Lo comprendió instantes después, al oír aquel leve chasquido producido al girar el pomo de la puerta.

Alguien iba a entrar.

Y no podían ser Malone ni Jim, porque estos no hablan tenido tiempo material para dar la vuelta por su apartamento, llegando de nuevo hasta allí.

Tenía que ser una tercera persona. Y esa tercera persona, sin duda, venía a ayudarla.

CAPÍTULO VIII

LA chica que estaba sentada en el alto taburete, bebió golosamente el líquido que había quedado en el fondo de su monumental helado.

Había cruzado las piernas tan audazmente, y esas piernas eran de tal categoría, que en los últimos minutos no había en el bar nadie que bebiese, pendiente de ella.

Cliff Anders terminó el whisky que acababa de pedir.

—El helado engorda, preciosa —advirtió.

—¿Y qué? ¿No te gusta a ti que una chica esté algo llenita?

—Más bien llenita que flaca, eso sí.

Ella rio.

—Eres simpático, Cliff.

—No te lo parecía hace unos momentos. Ni me mirabas.

—Es que antes te faltaba un detalle muy importante.

—¿Los cien dólares?

—Ajá. Ya sabes lo que pensamos las mujeres. Un hombre guapo y fuerte como tú, que no tiene cien dólares para gastarse, se convierte de repente en un tipejo calvo, esmirriado, de pecho hundido y piernas torcidas. Un tipo barrigudo y fofo, pero con cien dólares para tirar, se convierte de repente en el Apolo ese que dicen que hay en Grecia. Imagínate si se juntan las dos cosas, Como ahora; si el hombre tiene cien dólares y encima vale la pena. Chico, estoy entusiasmada.

Y al tender sus labios hacia él, hizo que a un camarero por poco se le cayera la botella.

—¿Qué te pasa, Cliff? —preguntó ella, al terminar—. No pareces muy entusiasmado.

—Es que estoy pensando una cosa.

—¿El qué? ¿Si soy cariñosa de verdad o no?

—No, no es eso.

—¿Entonces?

Cliff Anders se pasó un dedo por el labio superior, pensativamente.

—¿Por qué querrán tener a esa chica aislada allá arriba? —murmuró para sí mismo—. ¿Sólo por negocios? ¿Y para eso el tipo me ha largado cien dólares?

* * *

El pomo de la puerta había girado completamente. Se oyó el leve crujido de la hoja de madera al abrirse.

Una voz masculina susurró:

—Oh, perdone.

Y la puerta giró de nuevo, pero en sentido contrario. El que acababa de llegar cerraba otra vez. Iba a irse.

Ella murmuró:

—Por favor...

El crujido de la puerta se detuvo, y la voz sonó de nuevo:

—¿Qué ocurre?

Era una voz cordial, amable.

—Le suplico que entre.

Se notó que el recién venido vacilaba.

—Es que yo... Verá... ¡ejem!

—¿Qué piensa usted? —preguntó ella duramente—, ¿Qué esto es una aventura?

—Pues... Bueno... Quizá sí, yo había pensado eso, la verdad. Y no quiero desmerecerla a usted, pero soy poco amigo de líos.

—Si quisiera una aventura —dijo ella suavemente—, la buscaría de otro modo. Y no la tendría nunca con un hombre a quien no puedo ver.

—¿Queeeeé?

El otro se había inclinado sobre la muchacha. La miraba fijamente.

—¿No lo ha notado aún? —murmuró ella—. ¿No se ha dado cuenta de que soy ciega?

—Bueno... Ahora que lo dice...

—Por favor, cierre la puerta. Y no hable alto.

—¿Está usted en peligro?

—Sí.

—Di... ¡Diablos! Yo no esperaba...

—Por favor, insisto en que cierre la puerta.

El otro lo hizo. Se sentó cerca de la muchacha. Por la altura a que llegaba su voz, y para el tono de ésta, había de ser por fuerza un hombre corpulento.

—¿Quién es usted? —preguntó ella.

—El doctor Palmer. Pero creo que me he equivocado de apartamento. Yo iba a entrar en...

Ella suspiró.

—Ahora lo comprendo todo.

—Yo también. Me he confundido, eso es lo que veo. Ahí al lado hay un cadáver. Iba a traer un certificado de defunción.

—¿No lo ha firmado ya enseguida?

—Verá, en casos de muertes tan repentinas siempre estudiamos el caso con un poco de calma, e incluso consultamos al Colegio de Médicos. Ahí al lado había tres amigos que querían correrse una juerga o qué sé yo. Uno de ellos ha muerto a causa de un infarto de miocardio, en cuestión de cinco minutos. He dicho que les extenderé el certificado de defunción algo más tarde, y ahora venía a traérselo.

—Todo eso es cierto, pero... Pero estoy en peligro, doctor Palmer. ¿Ve el teléfono?

—Sí. Está desconectado.

—Y roto. Lo han hecho a propósito, para aislarme aquí. He pedido que llamaran a la Compañía Telefónica, pero nadie viene; sin duda han logrado interceptar también de algún modo, esa petición mía. Necesito que usted haga una cosa, doctor... Necesito que llame a la policía inmediatamente.

El hombre dio un respingo.

—¿Teme que...?

—No haga preguntas ahora, doctor. Su llegada ha sido

providencial, créame. Ahora cada minuto cuenta.

—Muy bien, lo haré... Claro que yo no soy experto en estos casos. ¿Qué le digo a la policía?

—Sólo que vengan aquí. Me llamo Lorena Taylor, y esto no es ninguna comedia, desgraciadamente. Puede darles mi nombre.

—Desde luego. Lo haré.

Y el hombre se puso en pie, avanzando hacia la puerta.

—Un último favor.

—¿Qué?

—Sobre todo que no le oigan desde el apartamento contiguo.

—¿El peligro viene de ahí?

—Sí.

—Ejem... Oiga, señorita Taylor... Yo tengo una buena reputación, y me dolería toda la vida estropearla en diez minutos. ¿Seguro que no es usted una visionaria? ¿Seguro que lo del teléfono no lo ha hecho usted misma?

Ella retorció los dedos nerviosamente.

—Se lo suplico... ¡Se lo suplico!

—Está bien, está bien... Me ha convencido.

Y salió del apartamento.

Llamó al ascensor, sin hacer ruido. La cabina subió rápidamente. La abrió y entonces pudo ver que había otra persona dentro.

Una persona que le miraba con terrible fijeza.

* * *

La chica descruzó las piernas, disponiéndose a bajar del taburete.

—¿Qué? ¿Nos marchamos?

Cliff Anders tenía la mirada perdida. Su rostro bronceado, de hombre que dispone de tiempo para tomar el sol, reflejaba una expresión completamente estática.

Ella insistió:

—¿No nos vamos?

—¿Eh? ¿Adonde?

—¡Vaya! Si lo que tratas ahora es de ahorrarte los cien machacantes...

—No es eso.

—¿Entonces qué?

—Estaba pensando algo.

—Tú siempre piensas, chico. Y los que piensan aburren.

—Y tú pensarías también en mi lugar. ¿Qué dirías si a una ciega la dejaran aislada en la parte más alta del rascacielos? ¿Sin teléfono? ¿Sin poder llamar a nadie?

La chica arrugó la nariz, antes de preguntar:

—¿Esa ciega existe?

—Sí.

—¿Es joven y bonita?

—Sí.

—Pues entonces debe ser un plan tuyo. Los cien machacantes para ella, ¿no? Hala, por mí que se muera.

—No se trata de eso, te lo aseguro. Sólo me estoy preguntando por qué tanto interés.

—¿Y a ti qué te importa?

—Nada... Claro que nada. Era un decir.

Ella volvió a arrugar la nariz.

—Tú lo que quieres ahorrarte son los...

Pero él le introdujo el billete por el subyugante escote.

—No quiero ahorrarme nada, pequeña. Nada... ¡Menudo soy yo! Y además, hace falta estar loco para, con una chica como tú, ponerse a pensar en hacer economías...

* * *

El conserje miró su reloj. Ya no faltaba demasiado para que diese por terminada su jornada y cerrase el cubículo desde el que atendía —y un poco también controlaba— la vida de todos aquellos apartamentos de lujo. La verdad era que aquél había sido un día agitado. Primero, aquella morenaza ciega que le hacía pensar a uno cien diabluras sin nombre. Y después, para que nada faltase, el muerto, lo que le hacía pensar a uno en la insignificancia de la vida y en lo pronto que puedes encontrarte, sin comerlo ni beberlo, ante el tribunal de Dios. Demasiado contraste entre una cosa y otra. Como para volverse loco.

Consultó de nuevo su reloj, y fue entonces cuando vio avanzar por el vestíbulo aquella especie de mole humana.

A él le gustaban las mujeres llenitas, esa es la verdad. Pero aquello... ¡Bueno, aquello no! Parecía una ballena y encima le salían pelos bajo la barbilla.

La mole humana se detuvo ante él. Llevaba zapatos bajos, porque ningún tacón alto, ni siquiera reforzado, hubiese podido aguantar su peso.

Una manaza se depositó sobre el tablero, haciéndolo temblar.

—Soy Dalia Morbos, celadora de la penitenciaría femenina del Estado de Kansas.

El conserje carraspeó:

—Tanto disgusto... Digo, tanto gusto.

—No haga bromas. Busco a una tal miss Taylor.

—¿Qué le hace pensar que vive aquí?

—En la última carta que dirigió a una hermana suya, le dijo que pensaba trasladarse a un apartamento de lujo de los que hay al sur de Central Park. He preguntado ya en media docena de edificios. Y si está aquí, no me haga perder tiempo, porque no estoy dispuesta a pasar la mitad de mis vacaciones buscándola.

El conserje ignoraba si a miss Taylor le sabría mal ser molestada. Pero no se atrevió a negarse y a arrostrar las iras de aquella especie de cetáceo.

—Ya la ha encontrado —dijo—. Está en el último piso puerta izquierda. No puede confundirse porque sólo hay dos apartamentos allí.

La Morbes mascullo:

—Gracias.

Y se dirigió a paso de carga hasta los ascensores. Vio que uno de ellos estaba arriba, justamente en aquel momento acababa de entrar un hombre que salía del apartamento alquilado por la Taylor.

Se había encontrado con aquella otra persona. Con aquellos ojos que le miraban fijamente.

Vaciló un momento.

—Pase, pase, doctor —susurró Malone—. ¿A qué espera?

* * *

La Morbes entró en el ascensor libre, pulsó el botón correspondiente al último piso y descendió de él al cabo de unos

instantes cuando hubo llegado.

Miró, o más bien husmeó, las dos puertas, la de derecha e izquierda.

Luego arqueó una ceja, dirigiéndose hacia esta última.

En aquel momento el segundo ascensor llegaba a la planta baja, pero ése fue un detalle al que Dalia Morbes no prestó atención alguna.

Fue a pulsar el timbre de la puerta, pero le pareció que ésta no se hallaba cerrada. La empujó entonces, dejando que su corpulenta humanidad se recortara en el umbral.

Vio un apartamento de lujo, magníficamente amueblado, con una gran terraza desde la que se divisaban las miríadas de luces de Nueva York. La vista, la perspectiva, eran impresionantes.

La Morbes masculló para sí:

—¡Esto es vida, qué cuerno! ¡Y pensar que mientras tanto otras se pasan los años en un penal! ¡Y qué quizá al fin y al cabo, las unas son ton granujas como las otras!

Pero no se veía a nadie allí. Murmuró:

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Se han ido?

Le parecía que aún estaba en la penitenciaría y que ella seguía siendo la dueña.

Desde otra puerta entrecerrada, una voz le respondió alteradamente:

—Estoy dándome una ducha. ¿Qué pasa?

En efecto, se oía el ruido del agua al caer. La muchacha estaba bajo un chorro de agua tibia, pensando que así se calmarían sus nervios.

—¿Es usted Lorena Taylor?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Soy conocida de su hermana. Me llamo Dalia Morbes.

—¿De la penitenciaría de Kansas?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Judith me habló a veces de usted —dijo la voz a través de la puerta.

—Mal, supongo.

—Según cómo se mire. Al principio mal. Después me dijo que usted había cambiado mucho. Que desde que ahorcaron a una tal

Magda ya no parecía la misma.

La gigantesca mujer se acercó con mirada vidriosa a la puerta, desde la que oía el chasquido del agua al caer con ímpetu.

—De Magda quería hablarle también —dijo—. ¡Uf, tengo que hablar de muchas cosas con usted! ¿Puedo sentarme?

—Claro que sí. Y beba algo. Me parece que en la nevera deben haber puesto alguna cosa. Yo estoy en unos minutos.

—Beber, no —dijo la Morbes—. En todo caso fumar. ¿Le molesta?

—No.

—Humm...

La Morbes se dejó caer sobre el diván, extrajo de su bolso un cigarro habano más largo que los que fumaba Winston Churchill, mordió la punta, la escupió sonoramente y luego hizo de nuevo:

—Hummm...

La primera bocanada llenó de humo la habitación.

—Como le decía —murmuró—, tengo que hablarle de muchas cosas. De su hermana, por ejemplo. Ya es contraste, ya... Usted viviendo de ese modo y la otra tanto tiempo consumida en una celda. Me gustaría que usted la ayudase, porque ahora ella lo necesita más que nunca.

—¿Ha venido para decirme eso?

—Sí, claro. Aunque no lo crea, he llegado a apreciar a Judith. He llegado a apreciarla de verdad, se lo aseguro. Y me sabe mal que usted no la haya ayudado. Porque cartas sí que le ha escrito, pero de dinero..., ¡Ni así! ¡Ni un dólar! Ahora, si usted la aprecia algo, ha llegado el momento de que la ayude de verdad.

—¿Por qué?

—Verá, ella ya ha salido.

—¿Qué ha salido? ¡Eso es imposible!

—¿Y por qué ha de serlo? Las penas se cumplen alguna vez, ¿no? ¿Por qué cuerno dice que ella no ha podido salir?

La voz llegó desde la ducha, donde el rumor del agua era cada vez más intenso.

—Porque ella no ha venido a verme.

—¿Sabe dónde está?

—Si usted lo ha sabido, ella también.

—Cierto —reflexionó la Morbes—. Pero es que quizá ella tenga vergüenza. No querrá pedirle nada mientras le quede algún dólar de los ganados en el taller de la penitenciaría. A pesar de que me parece que han sido unas hermanas muy poco unidas, es usted la que debe adelantarse esta vez. Está moralmente obligada. Busque a Judith, dele algún dinero y un empleo. Sólo así podrá salvarla.

—Lo haré con mucho gusto. No sé por quién me ha tomado, señora Morbes. ¿Pero dónde encontrarla? ¿Tenía Judith alguna amiga?

—Sí que la tenía, pero la amiga se quedó. A la tal Magda la ahorcaron por asesinato. Aunque, ¿sabe lo que le digo?

—¿Qué?

—Para mí que el asesinato no lo cometió ella. He estado dándole vueltas al asunto, ¿sabe? Y pensando. ¿Por qué Magda confesó tan pronto? ¿Por qué no quiso pedir revisiones del proceso? Yo creo que lo hizo para tapar a alguien. A su marido.

—¿Sugiere... que murió por él?

—Ajá. Eso es lo que se me ha metido en el caletre, y no hay quien me lo saque de ahí. Magda estaba casada con un hombre blanco muy guapo, mientras que ella era negra. Una negra preciosa, pero ya sabe lo que ocurre. ¡Al cuerno con la gente de color! Magda consideraba a su marido un dios. Un mal día se acusa a Magda de haber matado a una muchacha que trabajaba en la NASA, en las oficinas donde se controlan los planes norteamericanos para la conquista del espacio. A la chica le faltaban unos documentos secretos que posiblemente ella había robado antes. Es decir, se trataba de un caso de espionaje. ¿Y por qué había de estar Magda metida en eso? Ella era una chica sencilla, una pobre negra. Oiga lo que ha pasado por mi caletre; la chica asesinada robó los documentos porque se lo pidió un hombre blanco del que ella estaba enamorada. El marido de Magda era guapo, dicen. Guapo de verdad. Una vez tuvo los documentos, él la asesinó porque le era más útil muerta que viva. Y huyó. Y ya tiene usted a Magda cargando con el sambenito. Y diciendo a todo el que quisiera oírle que había sido ella.

En el cuarto de baño, bajo la ducha, la chica reflexionaba velozmente.

Lo que decía la Morbes, tenía que ser cierto. En realidad

confirmaba su propia idea sobre el caso. El marido de Magda consiguió los documentos así, los documentos que valían una fortuna. Y Magda cargó voluntariamente con la culpa, para salvar al otro.

Pero ya la voz de la gigantesca celadora seguía llegando a través de la puerta.

—Hay casos que, si se analizan, huelen a falso —decía la Morbes—. Pero cuando la policía tiene un culpable, ¿por qué analizar más? Y con mayor razón si el culpable es una sucia negra. Por eso atribuyeron la huida del marido de Magda a la vergüenza que sentía por el acto de su mujer. Nadie lo buscó. Si quiso ir al extranjero, pudo hacerlo. Y para mí que se fue. Y que vendió aquellos papelotes a buen precio.

Dio una larga chupada a su habano, mientras se rascaba entre los pelos de la mandíbula.

—Pero las cosas les salen mal a los perros —dijo—. ¿Sabe de qué me enteré, poco después de que ahorcáramos a Magda?

—¿De qué?

—¡Maldita sea! Pues de que su marido había muerto. Fue una casualidad. Una gacetilla perdida en un diario atrasado de San Luis, uno de esos apartados de las crónicas de sucesos que la gente olvida a los cinco minutos y que no debió llamar la atención de nadie. Un tipo borracho se había precipitado con su coche al Mississippi, al intentar hacer una maniobra en los muelles. Lo sacaron ahogado. Se llamaba Ralph Astor. Yo me acordaba del nombre y apellido muy bien. Era el marido de Magda.

Dio otra chupada a su cigarro, con el que cada vez estaba más entusiasmada.

Mientras tanto, bajo el agua de la ducha, la muchacha seguía reflexionando febrilmente.

De modo que el marido de Magda había muerto... Así había pagado su crimen, pero eso cambia poco las cosas. Sus compinches, Malone y Jim, seguían necesitando y buscando el dinero que el otro consiguió. El resguardo seguía teniendo la misma importancia que si Ralph viviese. La única novedad consistía en que se había hecho ya una parte de justicia.

Dalia Morbes susurró:

—Oiga, ¿es que no sale usted o qué?

—En seguida.

—Lleva media hora bajo el agua. Parece como si no tuviera interés en verme.

—Un momento, por favor.

La gigantesca celadora dejó el cigarro sobre un cenicero. Y se puso en pie.

Y en ese momento algo se abatió sobre su cabeza. Algo que le hizo ver miles de estrellitas, y le hizo sentir como si en su cerebro cien campanillas a la vez se hubieran puesto a sonar alegremente.

CAPÍTULO IX

JIM guardó el revólver con cuya culata acababa de golpearla en la nuca y miró lúgubrementemente a la muchacha que aún seguía bajo el agua.

—Conque pidiendo ayuda, ¿eh?

—Yo... Yo no le había pedido ayuda. Vino aquí por casualidad. No me conocía... ¿Pero qué ha hecho con ella?

Jim masculló:

—Lo difícil será arrastrarla. Necesito un buque ballenero.

—Repito, ¿qué ha hecho con ella?

—¡Cállese!

Jim fue arrastrando hacia fuera la enorme mole. Pero no podía. Tuvo que llamar.

—¡Eh, Malone!

Malone apareció también.

—¡Infiernos! ¿De modo que era esa la voz que oíamos?

—Sí. Y hay que sacarla de aquí como sea.

—Vamos.

La muchacha salió de la ducha, dispuesta a intervenir, pero tropezó y estuvo a punto de caer. Cerraron la puerta de un golpetazo.

Entre los dos lograron arrastrar a la Morbes al apartamento contiguo. No tuvieron inconvenientes, porque ahora, después de las diez de la noche, todo estaba silencioso. Una vez allí, Malone susurró:

—Voy a traer cuerdas.

—Bien.

Jim quedó unos momentos solo. Miró a la enorme mujer.

Y en ese momento sintió como si todo su cuerpo vibrara. Como si una catapulta lo lanzara por los aires.

Cuando volvió a caer, con los huesos molidos, se dio cuenta de que la ballena estaba encima de él. Le ahogaba con su peso. Y le enseñaba unos dientes amarillos capaces de convertir en pulpa la garganta de un hombre.

—Bromitas a mí, ¿eh? —masculló Dalia Morbes—. Muy bien. He de advertirte que tíos como tú me los cargo como entrenamiento antes de desayunar. Y con el asco que me dan a mí los hombres... Bueno, amiguito, bueno... Quédate en manos de tu querida mamá. Mamaíta Dalia te cuidará bien. Un poco de masaje eléctrico en las costillas te sentará estupendamente. —De pronto su voz cambió, hasta transformarse en un rugido—: ¡Hasta que se te rompan, maldito, hasta que se te rompan...!

Dos pulgares presionaron terriblemente entre sus costillas. Jim quedó lívido de horror, al darse cuenta de que iban a rompérselas.

No era broma. Aquella especie de fiera le destrozaba.

—Así, muchachito. Eres una filfa.

De repente la expresión de la ballena cambió. Se hizo crispada, lacerante. Un chorro espeso de sangre caliente cayó sobre la boca de Jim, haciéndole lanzar una especie de murmullo de asco.

Malone apartó el cuchillo con el que prácticamente acababa de degollar a la celadora.

—¡Tú, ayúdame! ¡Hay que llevarla a la bañera, pronto! ¡Va a poner esto como si fuera el matadero!

—Pe...

Jim no se atrevía ni a hablar, porque estaba bebiendo prácticamente la sangre de la mujer.

—Ponte el pañuelo en el cuello, idiota... que la sangre no te llegue a la camisa... ¡Aquí no tienes otra!

Jim hizo lo que su amigo le indicaba, y entre los dos llevaron el enorme cuerpo a la bañera. Pero ya un espeso chorro de sangre se había derramado por la alfombra y sobre el parquet del suelo

Jim puso enseguida su cara bajo un chorro de agua.

—Me... Me has salvado —balbució, al sentirse libre del contacto

de la sangre.

—¿Quién era ese hipopótamo?

—No lo sé, pero parecía conocer a esa, a la de ahí al lado.

—No contaba con este contratiempo —farfulló Malone—. El problema está en hacerla desaparecer.

—Y en hacer desaparecer la sangre.

—Esto me preocupa menos. Con paciencia se puede conseguir. En cuanto a la alfombra, la quemaremos en la terraza. Tenemos toda la noche.

Jim se frotaba enérgicamente con una toalla.

—Hacerla desaparecer... —farfulló—. ¿Cómo?

—Es complicado. Partiéndola en pedazos no acabaríamos nunca... Y aun así necesitaríamos maletas para sacarla. Ni las tenemos ni hay dónde comprarlas a esta hora. Infiernos, esta sí que es una condenada complicación, pero... —y de pronto chascó dos dedos—. ¡Ya lo tengo!

—¿Cómo?

—Vamos a sacar un poco de gasolina del coche para rociar la alfombra y quemarla. Por el camino te lo contaré.

Jim hizo un gesto de asco con las manos mientras balbucía:

—Huelo a sangre...

CAPÍTULO X

LA muchacha, saliendo de la ducha, se había dirigido a la puerta de su piso. La puerta estaba cerrada, pero no con llave, de modo que pudo abrirla en cualquier momento. Lo hizo y pareció palparse el silencio en torno suyo. No se daba cuenta de que no llevaba encima más que una manta de baño que apenas la cubría. Al fin retrocedió poco a poco, mientras le temblaban los labios. El silencio se hacía cada vez más espeso, más asfixiante. No cabía duda de que Dalia Morbes ya no estaba allí.

Poco a poco regresó al centro de la habitación. Y se fue vistiendo.

Las prendas estaban todas agrupadas, de modo que las pudo localizar con la mayor rapidez.

Una vez vestida, se ordenó los cabellos. De nuevo sentía el paso de los minutos como gotitas de ácido cayendo sobre su cráneo. Avanzó hacia las cristaleras de la terraza. Y las abrió.

El viento frío le dio en la cara.

Rozó la baranda, buscó el sitio por donde había saltado antes y lo hizo con facilidad. Luego se dirigió hacia las cristaleras del apartamento contiguo.

También pudo abrirlas con facilidad. Un olor especial le hirió el olfato. Le pareció que era olor a sangre, pero no estaba segura. Avanzó hacia el centro de la habitación.

Sabía perfectamente dónde estaba el ataúd.

Sus dedos rozaron la superficie, el borde. Fueron un poco más allá. Rozaron las manos inmóviles.

Y de pronto, la muchacha quedó otra vez como electrizada,

como atónita.

Aquellas manos no eran las mismas de antes.

Resultaban completamente distintas. Más gordezuelas y más cortas.

Palpó un poco más arriba. Y de pronto rozó los voluminosos pechos de una mujer que en vida debió ser un auténtico ejemplar del género ballenáceo.

Contuvo la respiración.

¡Dalia Morbes!

¡La que poco antes había estado en su apartamento, hablándole de Magda y su marido!

Retiró las manos vivamente, mientras quedaba como petrificada al lado del ataúd.

Mil pensamientos se atropellaban en su cráneo.

Ahora se daba cuenta de que, hiciera lo que hiciese estaba condenada a morir. Por eso estaba el ataúd allí. Tenía que ser ella la que saliese allí dentro.

Pero los planes habían cambiado, y ahora sacarían a Dalia Morbes. En cuanto a ella, no sería tan difícil simular «un accidente casual». Una caída hasta la calle, porque, en efecto, una ciega puede tropezar muy bien con una barandilla demasiado baja.

Lo cierto era que estaba condenada.

Que aquella era la última noche de su vida.

Un sudor lívido había asomado a sus facciones. No era capaz ni de moverse.

Hasta que le pareció que alguien llegaba, acercándose a la puerta del apartamento.

Se dirigió rápidamente a las cristaleras, las abrió y salió a la terraza, saltando la barandilla.

En realidad casi era igual que aquellos tipos la encontraran en un sitio como en otro, ya que entraban y salían como querían. Pero mejor era que no supiesen que ella había entrado en su terreno más de una vez.

Cuando llegó a aquel otro ambiente que conocía bien, se dejó caer en el diván, se quitó las gafas y se llevó las manos a los ojos.

Una terrible congoja, un miedo que no era capaz de definir, le sacudía el pecho.

Los dos hombres entraron en el apartamento. Llevaban una lata de gasolina.

No se fijaron en nada. La dejaron en un ángulo y Malone, con un gesto de cansancio, se puso un cigarrillo entre los labios.

—¿Fuego?

La voz había surgido de la puerta del cuarto de baño. Malone miró hacia allí asombrado. Aceptó la llamita que se le ofrecía, al final de un brazo tendido.

—¿Qué haces tú aquí, Rossen? ¿Por qué diablos has salido del ataúd?

Rossen sonrió.

Sus facciones casi orientales brillaban levemente, mientras sus ojos miraban burlones a los dos hombres.

—No lo he hecho mal hasta ahora, ¿eh? Os he demostrado que no era mentira lo que contaba; que una vez gané un concurso de fakirismo en Iowa. Diez mil machacantes por fingirme muerto; y nadie notó que aquello era camelo. Hasta hubo quien quiso traerme coronas.

—De acuerdo, de acuerdo... Lo has hecho estupendamente, pero tú no tenías que moverte del ataúd. Tenías que fingir ser un muerto por si alguien entraba de repente. Eso era fundamental en nuestro plan; que todo el mundo creyera en la existencia de un cadáver.

Rossen se puso también un cigarrillo en los labios.

—Más importante es la misión secundaria que he cumplido sin que vosotros me la encomendarais —dijo encendido—. Vigilar y estar aquí, viéndolo todo, mientras ella creía que aquí no había nadie.

Malone entrecerró los ojos.

—¿Es que ella ha entrado otra vez aquí?

—Claro.

—¿Queeeeé...?

Rossen rio.

—¿Ves cómo no habéis pensado en todo? Yo di por descontado que, al desconectar vosotros su teléfono, ella trataría de llamar desde éste. Por eso lo desconecté también, durante vuestra primera ausencia. Y entró. La estuve viendo durante todo el rato, mientras

se llevaba el chasco. Me divertí muchísimo.

Lanzó al aire una bocanada de humo, mientras susurraba.

—Oíd... Eso no me lo habíais contado. Es una chica sensacional...

Malone se rascó la mandíbula.

—¿Da modo que la viste bien?

—Como te veo a ti.

—¿De veras no distingue nada? ¿No os da camelo, distinguiendo alguna cosa?

—No, no ve nada. Aquí ha obrado con absoluta naturalidad, porque pensaba que yo estaba muerto. Y todo ha tenido que palparlo como una persona que no ve a medio paso.

Malone chascó dos dedos.

—Sí, también nos ha ayudado estando quieto ahí, lo reconozco... Pero lo fundamental ya sabes lo que es, largarte durante la noche, sin que nadie te vea. Mañana, en lugar de ir tú en el ataúd, irá ella. La sacaremos tranquilamente, a la luz del día. Los que vendrán a buscarla no serán los de pompas fúnebres, desde luego, sino Riley y sus chicos, muy bien ambientados. Me han cobrado una montaña de dólares por pintar su furgoneta y todo lo demás. El ataúd, que está lastrado, se irá al fondo del Hudson en el primer recodo solitario que veamos.

Y añadió:

—Porque pensaba matarla he hablado de muchas cosas delante de esa palomita. Le he contado lo de Richard, lo de los diamantes, lo del resguardo que necesitamos. Todo eso era necesario para que comprendiera la importancia del asunto y se diese cuenta de que estamos dispuestos a llegar hasta el fin. Pero al mismo tiempo es demasiado para que lo supiese una mujer viva. Por eso tenía que salir en este ataúd. Por eso estaba todo calculado.

Rossen masculló:

—Menos eso.

Y señaló el ataúd, del cual sobresalía el enorme corpachón de la que en vida había sido temible celadora Dalia Morbes.

—¿Podremos cerrarlo?

—Yo creo que, con un poco de suerte, sí.

—¿Cómo has podido meterla ahí tú solo?

—Soy muy fuerte —dijo Rossen—. Cuando hace falta, soy una bestia. Pero he tenido que sacarla de la bañera a rastras y sudar como un condenado. Al fin la he podido subir hasta aquí, valiéndome de los brazos, de las rodillas y de todo. Estoy molido.

Expulsó una bocanada de humo.

—Eso cambia un poco tus planes, Malone. Hasta ahora has hablado como si Lorena Taylor hubiera de salir en este ataúd. Pero la que saldrá será la gorda, porque de otro modo no podremos deshacernos de ella. ¿Qué pasará entonces? ¿Cómo saldrá la otra?

—Ya lo he pensado.

—¿Sí?

—Es muy fácil simular un accidente, tratándose de una ciega. Un tropezón con una barandilla demasiado baja, una caída al vacío y..., ¡zas! Tortilla de chica bonita. Se lo he dicho incluso antes para asustarla. Y ella no imagina que es eso realmente lo que sucederá..., hable o no.

Jim consultó su reloj.

—Aún disponemos de toda la noche. ¿Tú qué crees que va a hacer?

—Hablará.

—¿Y si no quiere?

—Entonces...

E hizo un gesto significativo, como queriendo indicar que la calle estaba muy abajo.

—Pero en ese caso nunca sabremos nada.

—Muchacho, hay algo que no falla —dijo Malone—, y es el miedo a la muerte cuando la tienes encima. Ella aún confía porque piensa que faltan muchas horas y que un milagro la salvará, pero será muy distinto cuando se sienta en el borde de la barandilla y note el aire dándole en la cara. Entonces hablará. Entonces dirá todo lo que sabe. Soltará hasta la historia de la primera papilla que tomó.

Rossen chascó los dedos.

—Eso está muy bien, y yo creo que ocurrirá como tú dices. Pero entonces, ¿por qué esperar?

—¿Qué sugieres?

—Acabas de decirlo, aún confía. Y a nosotros no nos interesa

que tenga esperanzas. Tiene que sentirse acorralada, hundida. ¿Por qué no la situamos al borde de la barandilla ahora? ¿Y por qué no terminamos de una vez?

Malone entrecerró los ojos.

Sus facciones brillaban a causa de las gotitas de sudor que habían ido apareciendo en ellas.

—De acuerdo, no es mala idea.

—Pues entonces, manos a la obra.

—Antes hay que limpiar esas manchas de sangre y quemar la alfombra. ¿Has pensado en la terraza? Pero se vería mucho. ¿Qué tal ventilación tiene el cuarto de baño?

—Perfecta.

—Entonces la quemaremos en la bañera, después de rociarla con gasolina. Eso lo haré yo. Tú, Rossen, y tú, Jim, id limpiando las manchas de sangre con el detergente para coches que también hemos traído.

—De acuerdo.

—Luego iremos a por ella.

—Desde luego...

Y los tres se pusieron febrilmente manos a la obra. Pronto por la ventana del cuarto de baño empezó a surgir un humo espeso y agorero, pero como se trataba del piso más alto y además hacía un viento muy fuerte, ese humo se dispersó enseguida y no molestó a nadie. La alfombra hecha de fibra artificial, ardió mucho antes de lo que Malone había esperado.

Todo marchaba a pedir de boca.

Reunió las cenizas en una bolsa de papel y se propuso aventarles desde la terraza. No quedaría ni rastro. En cuanto a la bañera, muy manchada de sangre, la limpió también cuidadosamente.

Cuando salió, sus compañeros habían terminado también. El éxito les había sorprendido a ellos mismos. El detergente que habían sacado de la bolsa limpiaparabrisas de su coche, demostraba ser mucho más eficaz de lo que al principio imaginaron.

Sólo un análisis microscópico delataría las manchas de sangre, pero no era fácil que alguien se dedicara a eso, por la sencilla razón de que nadie sospecharía la existencia de una mujer degollada.

Malone paseó una mirada en torno suyo.

Y dijo con satisfacción:

—Vamos...

CAPÍTULO XI

LA rubia ya estaba cansada de aquel taburete. Llevaba allí más de una hora junto al meditabundo Cliff Anders, quien inexplicablemente no se decidía a marcharse con ella de una vez.

Eso resultaba absurdo, porque si alguna persona de las que frecuentaban la boite estaba de vuelta de todo, esa persona era Cliff. No daba importancia a un dólar cuando lo tenía en la mano; procuraba gastarlo enseguida. Y cuando no lo tenía, cualquier procedimiento le parecía bueno para ganarlo, menos trabajar, naturalmente.

Todo eso le había dado una fama de tipo despreocupado y alegre, que ahora no aparecía por ninguna parte.

La chica susurró:

—Tú no tienes toda la culpa.

—¿Qué dices?

—Que tú no tienes toda la culpa.

—¿De qué?

—De ser así, hombre.

—¿Y cómo soy?

—Eres un maldito fresco.

—Vaya, mujer... No está mal que a uno se lo digan de vez en cuando.

—Pero tú no tienes toda la culpa, repito... —la voz de la mujer ya sonaba algo estropajosa, después de tres whiskies seguidos—. Conozco tu historia, como la conocen todas las chicas que ahora están aquí.

—Deja mi pasado, ¿quieres? Eso no le importa a nadie.

—Que sí, hombre, que sí... —le señaló con un dedo—. Tu mamaíta y todo eso. Tu mamaíta guapa que arruinó a tu padre, si él no se hubiera arruinado ya antes con las coristas. Le sacó hasta el último dólar, lo estrujó, lo dejó convertido en baba sucia. Y luego..., ¡hala, el divorcio! Porque ella tenía razón, claro. Pero él también la tenía. Eran un matrimonio perfecto, un matrimonio americano de ahora. Olían a carroña a diez millas. Se engañaban uno al otro. Pero el juez se tapó las narices y dictó sentencia: todo para la mujercita inofensiva y buena, que si cometió algún pecado fue por amor. A cambio, sólo tenía que cuidar de ti, su único hijo. Pero ni eso hizo, ¿eh? Entre los amiguitos y ella te metieron cariñosamente a patadas en un colegio que era más bien un reformatorio.

Dominó el gesto de protesta del hombre y gritó casi:

—¡Déjame hablar!

—Estás borracha...

—¡Déjame hablar, te digo!

Cliff se encogió de hombros. Sus facciones se habían vuelto de color granate.

—Cuando saliste de allí —siguió diciendo ella—, tu padre había muerto y tu madre no se sabía dónde estaba. La diñó en Europa, creo. Su último amigo, antes de enterrarla, le quitó hasta las joyas. Total, a ti no te quedó más que ese apartamento de ahí arriba. ¡El último residuo, de una gran fortuna! Lo viste, lo alquilaste y pensaste que las patadas ahora las ibas a dar tú. ¿Qué es eso de trabajar? ¡Pequeños imbéciles los que se arrastran por el suelo! Lo mismo he pensado yo, chico. Aunque ahora las mujeres que friegan suelos no sé si me dan pena o envidia... —vació el resto de su vaso—. Total, que no crees en nada. Ya no crees ni en el amor de las chicas buenas como yo.

Cliff le dio un cachecito en la mejilla.

—Hala, lárgate.

—¿Cómo? ¿Que me largue?

—Te conviene dormir.

Ella abrió mucho los ojos.

—¡Pero si me has dado cien dólares!

—Lo sé. Quédatelos.

—¿Y yo a ti... no te debo nada?

—Nada.

—Eso no es justo, Cliff. Te los devuelvo... Bueno, te devuelvo la mitad.

Cliff rio.

—Tienes un sentido de la justicia demasiado estricto, pequeña. Si se recibe, hay que dar. No hagas caso, piensa solamente que tienes ese regalo. Y ahora, adiós.

—¿Adónde vas?

El señaló hacia arriba, a un punto indefinible.

—He de hacer una visita.

—¿Para qué?

—A alguien que tal vez me necesita... Tú me lo has hecho pensar hace poco, ¿sabes? Me has hecho recordar la época en que yo creía en mi padre y en mi madre, la época en que los veía disputar y me quemaban las lágrimas para no demostrarles que lo comprendía todo. Entonces no entendía que pudieran haber seres como ellos, ¿sabes? Y con el tiempo yo he llegado a ser igual, pero quizá haya otro modo de vivir, desde luego. Sí, tiene que haberlo.

Y salió.

La chica se quedó mirando pensativa a la puerta y no supo por qué se bajó la falda de modo que le cubriera hasta las rodillas.

—Lástima de chico... —suspiró—. Terminará no volviendo por aquí...

* * *

La muchacha estaba muy quieta.

Sentada en el diván, con las rodillas muy juntas, las gafas cubriéndole los ojos, las manos sobre la falda, parecía una estatua. La estatua de una muerta.

Miles de pensamientos cruzaban de un lado a otro de su cráneo como flechas envenenadas.

«¿Por qué no ha vuelto el doctor Palmer? ¿Por qué no ha pedido auxilio? ¿Por qué no viene la policía? ¿Por qué? ¿Por qué?»

Demasiado sabía ella que todas estas preguntas no iban a tener respuesta.

Estaba sola allí, tal como le habían dicho: «Como en un pedazo

del desierto del Sahara». Y cuando oyó que se abrían las puertas cristaleras frente a las cuales estaba, ya no dudó de que esta vez venían por ella.

Todo debía haberse adelantado. En efecto, no había razón para que aquellos asesinos esperaran hasta las ocho de la mañana siguiente. Oía los pasos. Unos a la derecha; otros a la izquierda.

Eran dos los tipos que venían. Jim y Malone, o Malone y Jim, lo mismo daba. La estaban acorralando. Y ella no podía huir.

Se puso en pie lentamente.

En sus facciones brillaban unas gotitas de sudor.

—¿Qué quieren? —farfulló—. ¿Qué buscan ahora?

La voz de Malone llegó claramente hasta ella.

—El reloj se ha adelantado, nena.

—¿Qué... trata de decir?

—Lo que dice todo el mundo, preciosa; que el tiempo pasa sin que uno se dé cuenta. Quizá hubiéramos aguardado hasta las ocho de la mañana, pero han ocurrido un par de cosas un poco molestas, ¿sabes? Y hay que aligerar...

—No..., no me atraparán.

—¿No?

La voz era burlona.

Oyó que Malone venía por el lado derecho. Entonces, ella hizo una hábil finta.

Ni que le hubiese visto.

Lo esquivó perfectamente, ante la sorpresa del asesino, y entonces notó que era Jim el que venía hacia ella.

Saltó hacia atrás y también lo esquivó.

Jim masculló:

—¡Condenación!

La chica saltó de nuevo hacia atrás. Iba a ganar a la desesperada la puerta exterior.

Pero entonces aquellos brazos cayeron sobre ella, viniendo por su espalda.

Ella ahogó un gemido.

¡No eran dos! ¡Eran tres!

Rossen, que había entrado por la puerta principal del

apartamento, lanzó una leve carcajada.

—¿No me recuerdas, nena? ¿No recuerdas mis manos que antes has tocado ya dos veces?

Ella ahogó un grito de angustia, mientras balbucía:

—¡El muerto!

Rossen volvió a reír.

—Mujer, tanto como muerto... No estoy mal conservado, no creas. Si pudieras verme, a lo mejor te gustaba. Y ahora ayúdanos un poco. Te advierto que si chillas será peor para ti...

Ella no gritó.

Sus facciones estaban crispadas por la angustia, pero de su garganta no escapó un solo sonido.

—Vamos.

—¿Adónde me llevan?

—Ahora lo sabrás.

No era muy difícil comprenderlo. El viento dándole en la cara hubiese indicado a cualquiera que se encontraba al borde del vacío. Además, sus piernas tocaron enseguida una barandilla que no cabía duda era la que separaba la terraza de un verdadero abismo, sobre el asfalto de la avenida.

La sujetaron entre los tres. Malone y Jim la mantenían quieta en aquel sitio. Y Rossen, por lo visto, era el encargado de hacerla bascular sobre el vacío.

—Te he explicado antes que el accidente parecerá verosímil a mucha gente —susurró Malone—. Tienes una oportunidad y te juro que no vas a tener otra. Dinos dónde está ese resguardo. Dilo o vuelas.

Rossen, que parecía tener más sentido del humor, barbotó:

—Vuelo sin motor. Te darán diploma y todo.

—De..., ¡dejadme!

—¿Dónde está el resguardo?

—No..., ¡no lo sé!

—¡Por última vez!

Los dientes de Malone chirriaron.

—Tú, Rossen.

Todo estaba bien calculado, por lo visto. La hicieron girar de espaldas.

Ahora eran sus nalgas las que tocaban aquella barandilla no demasiado alta. Rossen había quedado delante suyo.

—Ahora.

Rossen la sujetó por los tobillos, levantándola, mientras los demás también la empujaban hacia atrás, haciendo que su cintura descansara sobre la barandilla.

De ese modo basculaba hacia el vacío, con la cabeza hacia abajo y en una posición sencillamente angustiada.

La hicieron resbalar un poco más hacia abajo, de forma que ahora sólo sus muslos se apoyaban en la barandilla. Todo lo demás estaba colgando en el vacío.

Malone farfulló:

—Te haremos resbalar. Un segundo más y estará abajo. ¡Habla, maldita! ¡Habla!

—No sé nada...

La empujaron un poco más. Prácticamente la sujetaban ahora sólo por los tobillos. La postura no sólo era angustiada, sino que incluso para una chica ágil como ella resultaba de un dolor intolerable.

—¡Habla!

—No conozco ese resguardo. ¡No sé nada!

—¡Tienes que saberlo!

El viento parecía aullar. Hacía ir de un lado a otro los cabellos negros de la muchacha.

Pero aun así, su voz fue captada con perfecta claridad cuando dijo:

—No me mataréis ahora. No podéis hacerlo, porque de lo contrario perderíais la última pista. Romperíais el último eslabón de la cadena, y eso no os interesa.

—No nos importa. Lo único que queremos ya ahora es acabar. ¡Acabar! Y aunque fracasemos, a ti ya te importará poco, muñeca.

Pero no la soltaba. La estaban aterrorizando al máximo, si bien estaban decididos a no matarla hasta que ella dijera lo que sabía.

Sin embargo, la voz de Malone sonó ronca al decir, como si hablara sinceramente:

—¡Suéltala, Rossen! ¡Suéltala!

Esperaba que ella irritase, que se debatiera y que terminara

diciendo la verdad.

Pero, en lugar de eso, la voz femenina sonó extrañamente serena al decir:

—Tampoco podéis matarme por otra razón.

—¿Ah, sí?

—Ahora tenéis un cadáver con el que no contabais. No podéis matarme hasta que se lo hayan llevado. No, no podéis por muy bien preparado que esté todo. Mi cuerpo aún no habría llegado a la calle cuando los policías ya subirían hasta aquí como halcones. Se abriría una investigación. E ibais a tener que estar dando explicaciones sobre ese cadáver hasta que os arrastraran por las patas a la cámara de la silla eléctrica.

Malone palideció.

Hubiera esperado cualquier cosa, menos que aquella chica tuviera tan fantástica serenidad, tan asombroso dominio de sí misma.

—Vaya... —murmuró—. No es tonta.

—No —reconoció Jim.

Rossen masculló:

—¡Al diablo con ella de todos modos!

—Espera.

—¿Qué hemos de esperar?

—Ella tiene razón: No nos conviene matarla ahora. No nos conviene al menos, hacerla de modo que la gente lo vea.

—¿Entonces, qué?

—Vamos adentro con ella. Déjame pensar.

La sujetaron y tiraron de su felino cuerpo. Un momento después la chica estaba tumbada sobre la, alfombra central de su apartamento, respirando fatigosamente.

Sí, había demostrado mucha serenidad. Había hecho que su cerebro funcionara fríamente a pesar de las terribles circunstancias.

Pero ya no podía más. Estaba al borde de su resistencia nerviosa. Sencillamente..., ¡no podía más!

Malone chascó dos dedos.

—Ya sé —dijo.

Los otros le miraron.

—Aquí arriba hay un pararrayos, ¿no?

—En efecto.

—Podemos subirla. No será tan difícil, porque he visto que hay unas escalerillas de mano. La ataremos al tubo, y allí pasará la noche. Amordazada, no podrá pedir socorro a nadie. Lo único que va a notar será el frío. Pero para compensarla ya le calentaremos con cigarrillos las puntas de los pies.

La muchacha se estremeció.

Sabía que no podía defenderse, que ella sola no sería capaz de evitar aquel espantoso suplicio.

Malone añadió:

—Hay mujeres que aguantan diez minutos como unas heroínas, pero no aguantan quince. Yo os juro que toda la noche ahí derrumba la moral de cualquiera. Y peor al saberse que, si no habla, irá abajo. De modo que más vale que lo pienses, muñeca. Cada hora, hasta que amanezca, ya te quitaremos el bozal por si quieres hablar.

Y rio silenciosamente.

La muchacha estaba aterrorizada, sabiendo que, en efecto, sus nervios estaban ya a punto de estallar y que no podría resistir un nuevo suplicio, si éste era demasiado largo.

Trató de revolverse, pero no le sirvió de nada, las zarpas de los tres hombres cayeron sobre ella.

CAPÍTULO XII

—ARRIBA...

—Un poco más.

—Así.

Era increíble lo que cambiaban las cosas allí. El viento, que era fuerte en la terraza, parecía como si allí fuera a lanzarlos por el espacio. Los hombres necesitaban de todas sus fuerzas para sujetarla y al mismo tiempo izarse. Entre las sombras y con el aullido del viento, el poste metálico del pararrayos era algo así como un espectro del otro mundo.

—Ya está.

—Ahora hay que amordazarla.

De todos modos, ella no habría gritado. Debía pensar que era inútil hacerlo. El aullido del viento ahogaría su voz de tal modo que nadie podría oírla.

El poste del pararrayos se asentaba en lo alto de una pirámide resbaladiza, por lo que los tres hombres tenían que hacer grandes esfuerzos para mantenerse en pie y encima evitar que resbalara la muchacha. Pero lo estaban consiguiendo.

—La cuerda...

Ella intentó revolverse en el último momento, pero no logró más que recibir un par de golpes. Entre los tres la dominaron fácilmente.

Momentos después estaba amordazada y sujeta al poste del pararrayos, que quedaba a su espalda. Resbaló un poco y estuvo a punto de quedar colgando de él.

Malone, Jim y Rossen se fueron distanciando cuidadosamente.

—Volveremos dentro de un rato, pequeña. Quizá entonces te hayas decidido a tener la lengua más suelta.

Desaparecieron en silencio.

Ella hundió la cabeza sobre el pecho, intentando hurtar la cara a las ráfagas de viento que parecía hacerse huracanado. El frío era intensísimo allí, y sus delgadas prendas apenas la protegían.

Sentía que la falda se le arremolinaba casi hasta las caderas. Debía constituir un succulento espectáculo para cualquiera que estuviera abajo, pero nadie la veía.

¿Nadie?

Le pareció oír como un roce en la pirámide. Tenía que ser el viento, desde luego... Pero, no. El roce se repitió. Entonces tuvo la casi completa seguridad de que alguien se acercaba por su espalda.

Tenía que ser uno de aquellos tres tipos... ¿Pero por qué venían tan pronto? ¿Pensaban que ella se habla rendido ya?

La voz que sonó junto a ella era completamente desconocida.

—Señorita Taylor...

Ella se estremeció.

—¿Quién es usted?

—No se inquiete. Soy Cliff Anders.

—¿El dueño del apartamento?

—Sí.

Ella no podía creerlo, pero gimió:

—¡Por favor, ayúdeme!

—Para eso he venido.

Palpó los nudos, comprobando, tras un breve forcejeo, que eran nudos marineros extraordinariamente bien hechos. Comprendió que no podría deshacerlos y que emplearía demasiado tiempo para ello.

—Traeré un cuchillo —murmuró.

—¿No lo lleva?

—No. La verdad era que no podía imaginar que iba a encontrarla así. Pensaba que tal vez corriera peligro, pero que estaría libre.

Ella movió la cabeza desesperadamente.

—Por favor, corra..., ¡corra...!

—Dentro de unos minutos volveré a estar aquí.

—¡Que no le vean!

—No tema. En el vestíbulo de la escalera hay una trampilla que llega hasta aquí; ellos no la conocen, pero yo sí. Volveré por el mismo sitio.

La muchacha no contestó. No lo hizo porque la fuerza del viento llegaba a ahogarla.

Oyó de nuevo roce y entonces se dio cuenta de que Cliff Anders ya no, estaba allí. Los minutos pasaron angustiosamente para ella. Como no podía palpar el reloj, empezó a contarlos numerando en su cerebro del uno al ciento veinte. Cada serie era un minuto y la serie se repitió cinco veces.

Se sentía agotada. Sabía que no iba a poder resistir aquello, en el caso de durar mucho más tiempo.

Notó entonces el roce a su espalda.

Como Cliff le había quitado la mordaza ante todo, susurró:

—Gracias a Dios...

—¿Gracias? —murmuró burlonamente la voz de Jim.

—¿De qué, pequeña?

* * *

La muchacha se estremeció brutalmente. De su boca escapó un sollozo de desesperanza.

¡Había llegado Jim en lugar de Cliff Anders! ¡A él debían haberlo capturado! ¡No vendría ya nunca!

Jim rio, pero estaba intrigado.

—¿Cómo te has quitado la mordaza, muñeca? ¿Mordiéndola tal vez? Pues resultaba difícil, caramba. Eres una fierecilla...

Y le acarició ansiosamente, mientras la besaba en el cuello.

—¡Déjeme, cerdo, déjeme!

—Sí, nena, seré un cerdo, pero tengo buen gusto. He venido sólo por eso, ¿sabes? Los otros están distraídos...

En aquel momento una voz metálica dijo a su espalda:

—Hasta ya de sobeos ¿no?

Jim se volvió con la velocidad del rayo. Su reacción fue la de un hombre con reflejos rápidos, un hombre que está acostumbrado a la acción y que no vacila un segundo. Disparó el puño derecho contra el mentón de Cliff, que estaba detrás de él, demasiado confiado. El

joven fue alcanzado de lleno.

Vaciló y resbaló pesadamente. Lanzó un breve gruñido al notar que se iba hacia abajo. Más allá de la pequeña pirámide sólo estaban el vacío y el abismo.

Logró sujetarse con los dedos en el último instante y en el último reborde.

Jim se lanzó hacia él. Aun manteniendo a su vez un equilibrio difícil, le golpeó salvajemente con los tacones.

Pero Cliff no se movió. Aguantó aquello. Era increíble lo que podía aguantar un tipo así, quizá porque estaba desesperado o porque era más fuerte de lo que parecía.

Jim masculló una imprecación.

Se dispuso entonces no a pisar los dedos que ya estaban sangrantes, sino a darle un puntapié. Lo haría saltar de allí. Aquel tipo se vendría abajo.

Su rostro era una máscara cruel, una máscara de triunfo, cuando disparó la pierna.

Pero su grito de estupor se mezcló al de pánico cuando notó que estaba sucediendo algo increíble. La mano cuyos dedos pensaba golpear ya no estaba en el mismo sitio cuando llegó su pie. Jim lanzó un alarido que se mezcló al alarido de la mujer, estremecida por lo que estaba ocurriendo a su lado.

Sosteniéndose con una sola mano, Cliff acababa de sujetar el tobillo de Jim con la otra.

Lo alzó un poco, haciendo gala de una fuerza hercúlea. Jim ya no pudo ni gritar. Notó de repente que le faltaba base de sustentación y sus brazos se movieron como aspas en el aire.

Unos segundos después estaba volando materialmente a través de la noche.

Su cuerpo surcaba el vacío.

Cliff Anders trepó como pudo, valiéndose de sus dedos ensangrentados y que le parecían rotos por varios sitios. Dominando su dolor, se volvió a acercar a la muchacha.

—¿Cómo se encuentra? —farfulló.

—¿Y..., y usted?

—Uff... Por poco llego tarde.

—¿Está herido?

—No. Sólo tengo los dedos hechos cisco. Pero aún puedo manejar este cuchillo. Espere, no se mueva.

Trazó dos cortes en las cuerdas, dejándola libre. Ella, que hasta entonces había estado casi colgando de las ligaduras, sintió que fallaba su base de sustentación, y estuvo a punto de resbalar. La izquierda de Cliff la sujetó en el último momento.

—Vamos. Quieta ahí...

—Habrá que avisar a la policía.

—¿Por qué?

—¿No imagina lo que estará pasando en la calle? Aunque circula poca gente, ya se habrá congregado una docena de personas en torno al cadáver de ese tipo. Llegará un cache patrullero y los azules subirán a galope.

—Entonces, esperaremos...

—Sí, eso será lo mejor.

Ninguno de los dos imaginaba que el cadáver de Jim no había llegado a la calle. Que estaba retenido en uno de los grandes toldos de las ventanas del edificio octavo, en los que curiosamente se leía en grandes letras rojas:

SMITHSON Y COMPAÑÍA

LOS MEJORES FABRICANTES DE PARACAÍDAS DEPORTIVOS

* * *

Malone, que acababa de encender un cigarrillo, farfulló:

—Oye..., ¿no ha sonado un grito?

—Sí, pero de la chica.

—Ya debe estar blanda, ¿no?

—No creo que le queden muchas ganas de seguir allá arriba.

—¿Y Jim? ¿Dónde está Jim?

—Ha dicho que iba al cuarto de baño.

—Búscale. No estamos para perder tiempo ahora. Si la chica empieza a tener miedo de verdad, hay que aprovecharlo.

Rossen hizo un gesto afirmativo.

—Voy.

Pero regresó al cabo de unos instantes. Su rostro había palidecido notablemente.

—No está.

—¿Cómo que no?

—No sé dónde infiernos habrá ido...

—¡El muy idiota! ¿Dónde se habrá metido? Lo que nos interesa es acabar pronto, tener la calavera con los diamantes y largarnos de aquí. Hala, vamos arriba.

Mientras tanto, la muchacha y Cliff descendían al vestíbulo de la escalera por la trampilla del techo.

—Es raro que no se oiga nada... —murmuró ella, cuando pudo estar en pie—. Ni rastro de la policía.

—Sí, es bien extraño.

—¿Por qué no va a ver?

Él se mordió el labio inferior:

—De acuerdo. Será lo conveniente. Ocúltese aquí. ¿Puede palpar esa puertecilla?

—Sí.

—Es la del cuarto trasero. Estese quieta ahí hasta que yo vuelva. Silbaré dos veces, ¿comprende? Entonces, salga. Mientras tanto, no la buscarán ahí.

—De acuerdo...

Y ella se introdujo en la oscuridad de aquel cuartito, que olía a cerrado y a viejo. Cliff descendió rápidamente por las escaleras, para llamar al ascensor desde dos o tres pisos más abajo. De ese modo no llamaría la atención; creerían que era un vecino cualquiera.

Ninguno de los dos notó algo muy importante, algo decisivo. Ninguno de los dos notó que por la misma claraboya que ambos habían empleado para descender, les estaban mirando dos ojos.

Malone acababa de regresar de la cúpula que ante su sorpresa estaba vacía. Y acababa de ver aquella trampilla en la que antes no se fijó, y que parecía llevar al interior del edificio.

Hizo una seña a Rossen.

—Cuidado... —bisbiseó.

—¿Por dónde ha huido?

—Hay un tipo que la ayuda, pero se ha ido hacia abajo. Sin duda quiere avisar a la policía.

Rossen se removió.

—Infiernos, hay que evitarlo.

—Bajemos...

Se deslizaron en silencio los dos. Cuando estaban en el vestíbulo, Malone farfulló:

—He oído la contraseña que le daba para que ella saliera. Tú baja detrás de ese tipo y líquídalo. Sin contemplaciones. No podemos ahora perder ni un minuto.

—¿Qué harás tú?

—Yo me encargaré de ella. Las cosas se han complicado. Será mejor cerrarle la boca para siempre, ya que no está decidida a hablar.

Rossen hizo un gesto de asentimiento. Con una simple mirada quedó sellada la sentencia de muerte de la muchacha. En realidad, ya estaba condenada, pero ahora la pena iba a tener una ejecución inmediata.

Cuando Rossen hubo empezado a descender a toda velocidad, pero en silencio, Malone silbó dos veces.

Resulta casi imposible distinguir el silbido de una persona del silbido de otra. La muchacha creyó que Cliff ya estaba de vuelta allí, o que deseaba decirle algo. Y salió.

Una mano cayó velozmente sobre su espalda, mientras un largo cuchillo buscaba su flanco.

—Tú misma te has presentado para que te mataran —dijo Malone—. Buena chica...

* * *

Mientras tanto, Cliff Anders había pulsado el timbre de llamada del ascensor dos pisos más abajo. Le pareció que la cabina tardaba en llegar hasta allí una eternidad, que no iba a llegar nunca. Cliff sentía que unas gotitas de sudor iban resbalando por sus sienes.

Él nunca había matado a un hombre y ahora acababa de hacerlo. Nunca se había tenido por un héroe y ahora estaba metido hasta las narices en una aventura donde a cada momento se jugaba la piel.

Pero no se arrepentía. Lo malo era que no podía dominar el nerviosismo, por la falta de costumbre. Y aquel maldito ascensor no llegaba nunca...

Por fin la cabina se detuvo ante él.

Abrió la puerta, fue a entrar.

Y en aquel momento la punta de un cuchillo se introdujo entre sus riñones, mientras la voz de Rossen decía pausadamente:

—Ni pintado, chico. Para lo que voy a hacer un ascensor es un sitio magnífico.

CAPÍTULO XIII

LA muchacha se revolvió. Pero fue inútil; porque estaba indefensa entre aquella zarpa y aquel cuchillo que ya se hundía prácticamente en sus caderas. Lanzó un sordo gemido que supo desde el primer momento era inútil, porque nadie iba a oírla;

Malone barbotó:

—Condenada... Así tenía que acabar esto. Tú misma lo has buscado, maldita...

Ella jadeó.

—No lo haga... Hablaré.

El cuchillo, que ya iba a hundirse en su piel, quedó un momento como suspendido en el aire.

—¿Vas a hablar? Muy bien. Pero si tratas de engañarme...

—¿Por qué iba a engañarle ya?

—Si tratas de enviarme a recoger el resguardo a cualquier sitio lejano, no te servirá. No pienso creerte.

—No pienso enviarle a..., a ningún sitio. Usted mismo comprobará que..., que no miento,

—¿Es que el resguardo está aquí?

—Sí... ¿Cómo no se le ocurrió antes?

—Miramos en los muebles. No puede estar escondido.

—Pero no miraron en el lugar más sencillo del mundo.

—¿Qué lugar?

—Ese jarrón con flores naturales que hay sobre la consola.

—Está lleno de agua.

—¿Y tan imbécil es usted? —jadeó ella ansiosamente—. ¿No se

le ha ocurrido que puede estar dentro del agua, envuelto en una funda de plástico?

Malone lanzó una maldición, mientras daba un brutal empujón a la muchacha y la lanzaba por el suelo.

¡Era cierto! ¡Elemental y sencillo! ¡A él no se le hubiera ocurrido jamás!

Entró a toda prisa en el apartamento, cuya puerta estaba entornada, mientras ella le seguía aturdidamente.

Vio el jarrón y lo volcó de golpe, dejándolo en el suelo y haciendo que las flores y el agua cayeran confusamente sobre la alfombra.

Empezó a buscar entre los tallos. Un sobre de plástico con un resguardo dentro no puede abultar mucho. Sus manos desmenuzaron todo aquello ansiosamente. Pero, de pronto, se volvió, lanzando una salvaje imprecación, mientras sus ojos sanguinolentos buscaban a la muchacha.

—¡Me has engañado, maldita!

De pronto, sus facciones reflejaron horror. La muchacha estaba en pie ante él. Y con sus dos manos blandía el jarrón de pesado y macizo cristal de Bohemia.

Malone no tuvo tiempo de apartarse.

Su cabeza pareció abrirse en dos. El choque brutal le hizo estremecer todo el cráneo. El impacto del jarrón le alcanzó de lleno.

La sangre saltó hasta las paredes, pero aun así Malone no cayó vencido.

Por sus facciones se deslizaban varios hilos rojos cuando volvió a tomar el cuchillo, incorporándose pesadamente. Lanzó un salvaje tajo al cuello de la muchacha y sólo el hecho de que lo veía todo en sombras impidió que la alcanzase de lleno.

Ella se tapó la boca, ahogando un gemido. Corrió alocadamente hacia la puerta tratando de huir.

Malone fue tras ella. Tropezó con las paredes, que crujieron sordamente. No podía tenerse en pie, pero una salvaje decisión alentaba en sus ojos. La fiebre de matar le dominaba. Su cabeza era un surtidor de sangre, pero él seguía avanzando.

Se había dado ya cuenta de que la herida era más aparatosa que

profunda. Caso de haberle afectado solamente el cráneo, habría perdido el conocimiento. Estaba perdiendo sangre, pero nada más.

Ella se lanzó por las escaleras. Lo hacía atropelladamente, tropezando con todo. Cayó dos veces y otras dos veces se levantó. Malone fue tras ella, con el cubillo engarfiado. Sus ojos estaban en blanco y su boca babeaba ininteligibles frases.

Pero las escaleras le mareaban. Cada peldaño le producía una insufrible sensación de vértigo. Terminó rodando estrepitosamente, mientras de su cabeza manaba cada vez menos sangre.

Trató de arrastrarse y no pudo. Cerró los ojos.

* * *

La luz del ascensor indicó que ya estaba a punto de llegar a la planta inferior. La cabina se detuvo. Las puertas se abrieron en silencio.

Cliff Anders salió de él, sacudiéndose las manos, como si en ellas llevara polvo.

El tipo arrugado que estaba en el inferior, doblado en el suelo con el cuchillo clavado en la garganta, lo estaba poniendo todo perdido de sangre.

Cliff murmuró, mirándolo:

—Has sido muy tonto al acercar tanto el cuchillo, muchacho. Un sólo golpe con el antebrazo bastaba para desviarlo... No siempre he perdido el tiempo, ¿sabes? También aprendí defensa personal hace años cuando me especializaron como fuerza de choque en los infantes de Marina. ¿Pero a ti qué te importa ya, muchacho? Hala, hasta mañana. Seguro que por esta noche ya no te molestará nadie.

Dejó de mirar el cadáver y cerró la puerta.

La verdad era que, a pesar de su aparente desenvoltura, Cliff sentía un nudo en la garganta.

Nunca había soñado matar a dos hombres en una noche. Y peor aún, que dos hombres intentaran, matarlo a él.

Tomó el otro ascensor. Y se dispuso a subir en él, puesto que ya había comprendido que, por alguna razón ignorada, el cadáver de su primer enemigo no había llegado a la calle. En ese caso, la policía tardaría en llegar y él no se atrevía a dejar tanto tiempo a la muchacha sola.

Poco imaginaba que la chica, en aquel momento, se había encontrado con una bien inesperada ayuda.

* * *

Avanzaba desesperadamente, rozando las paredes con sus dedos. Tres pisos más abajo, el rellano daba la vuelta entera al edificio y parecía como si no fuese a tener fin. Mil sonidos furtivos parecían perseguirla. Su figura era una sombra más que se recortaba entre las otras sombras, mientras le parecía oír tras ella los sordos gruñidos de Malone al perseguirla.

No sabía dónde iba.

Pero de pronto tropezó con alguien. Un cuerpo humano.

Una voz que le resultó vagamente conocida murmuró en la penumbra:

—¡Señorita Taylor!

Ella vaciló y al fin todo su rostro dibujó una mueca de alegría.

—Doctor... ¡Doctor Palmer!

Él la sujetó por los hombros, tratando de calmarla.

—¿Qué le ocurre?

—¡Por favor, ayúdeme...! Tratan..., tratan de matarme...

—¿Quién?

—¡Pero si lo sabe ya! ¿Y por qué no ha avisado antes a la policía?

La voz del hombre reflejó sorpresa.

—¿Quién dice que no la he avisado?

—Pues no ha venido nadie.

—No lo entiendo. La verdad, no lo entiendo.

Y con voz pausada añadió, mientras la llevaba hacia su derecha:

—Pero ahora mismo vamos a la calle. No hay razón para que siga aquí —forcejeó y abrió la puerta—. Aquí tiene el ascensor. Entre.

Ella fue a entrar. Adelantó un pie.

Y fue entonces cuando aquella corriente de aire frío le llegó a la cara. El hueco del ascensor formaba como una chimenea por la que el viento subía y bajaba. Pero eso no lo hubiera notado ella caso de tener la cabina allí. Lo cual significaba que bajo sus pies no tenía más que... ¡el vacío!

Intentó retroceder, pero ya no pudo.

Dos manos que parecían de hierro la empujaban brutalmente.

¡La enviaban hacia abajo!

¡Llegaría despedazada!

En fracciones de segundo lo comprendió todo. Comprendió que, para la comedia del cadáver, los asesinos necesitaban un médico que hiciera un certificado falso a fin de cubrir las apariencias durante las primeras horas. Comprendió que el médico, al salir, debió encontrarse con Jim o Malone en el ascensor y contarle todo lo ocurrido. ¡Lo que debían haberse reído mientras lo comentaban! Y comprendió lo más trágico, que Palmer estaba allí como asesino de reserva, que iba a poder matarla con más facilidad que los otros, porque en él tenía confianza, y en los otros no.

Se asió desesperadamente a una jamba de la puerta, mientras el resto de su cuerpo colgaba en el vacío. Palmer fue a empujar de nuevo. Y en aquel momento una especie de brusca luminosidad llegó hasta sus ojos.

El otro ascensor había subido. En la cabina iluminada se recortaba una sombra.

—¡Socorro! —pudo jadear apenas la muchacha, mientras su garganta era estremecida por un sollozo—. ¡Socorro!

El ascensor se detuvo. Un cuerpo humano atravesó los cristales para no perder tiempo ni abriendo la puerta. Palmer lanzó una maldición mientras trataba de sacar una pistola.

No tuvo tiempo.

El terrible *uppercut* le hizo bailar sobre sus talones, girando casi cuarenta y cinco grados. Su vista se nubló. No se dio cuenta de que sus dos pies ya estaban casi en el vacío.

Ni siquiera llegó a gritar.

El primer golpe con los cables inmóviles ya le hizo perder el conocimiento. Rebotó dos veces en las paredes, mientras caía vertiginosamente dando vueltas de campana. Al llegar abajo y chocar con el techo del ascensor detenido produjo un tremendo estruendo, pero el conserje dormía lejos y no llegó a oírlo. Tampoco el principio de la caída fue oído por nadie en aquella planta destinada a despachos de lujo, todos vacíos a aquella hora.

Cliff sujetó a la muchacha. La atrajo hacia sí, evitando que cayera. Ella respiraba agitadamente, a punto de desmayarse. Su

corazón latía alocadamente, mientras se apretaba contra el pecho del hombre.

Él dejó que se calmara poco a poco.

La verdad era que se sentía mareado. ¡Tres hombres! ¡Y él que había podido esquivar la guerra de Vietnam, pensando que no quería matar a nadie! ¡Dios santo! ¡Aquello era como una maldición!

Fue notando cómo la muchacha se calmaba poco a poco. Y él mismo se calmó también.

—Lorena... —musitó—. Lorena... ¿Dónde está el otro?

—No lo sé. Ha quedado arriba...

—¿Arriba?

—Sí.

—Cla... Claro que sí.

—No me gusta nada esta situación —murmuró él—, pero ya que estamos metidos hay que terminarla. Buscaré a ese tipo y le llevaré a la policía aunque sea a rastras. ¿Puedes bajar por algún sitio?

—No... —bisbiseó ella—. Por el ascensor no puedo bajar, porque hay dos puertas abiertas... Y por la escalera...

—Por la escalera lo encontraré yo. Nos tropezaremos si baja. De modo que estate aquí.

—Bi..., bien...

Cliff desapareció entre las sombras. Sus pasos ágiles y rápidos le llevaron hasta las escalenas.

La muchacha quedó quieta.

Todo era silencio en torno suyo.

Las sombras se espesaban, se hacían más duras, más concretas.

Parecía encontrarse en la más completa soledad, una soledad que hacía pensar en la que tal vez sienta algún día la última mujer del mundo.

No pudo darse cuenta de que hasta ella avanzaba un rastro de sangre.

El rastro de sangre dejado por un hombre que ya llevaba varios minutos allí, que había llegado cuando Cliff golpeaba al doctor Palmer.

Los ojos de Malone la miraban satánicos.

Y sus manos se tendieron hacia ella.

CAPÍTULO XIV

RIO secamente, al tenerla a su alcance. Aún conservaba el cuchillo. Vio que giraba velocísimamente hacía él el rostro de la mujer.

Malone se sentía más fuerte cada vez. Nunca había estado tan cerca del triunfo, tan cerca de la venganza. En sus labios había una mueca de placer cuando farfulló:

—Creías haberme dado esquinazo, ¿eh? Muy bien, pequeña... ¡Huye ahora! ¡Huye si puedes, maldita!

Creyó que chillaría, que pediría perdón, piedad. Creyó que se volvería loca de terror.

Pero en lugar de eso, ocurrió algo inesperado, insólito, algo para él absolutamente inexplicable. Y fue que la muchacha, con calma, se retiró las gafas poco a poco.

Sus ojos claros, limpios, miraron a Malone.

¡Le miraron!

Malone no pudo decir nada. Sintió que la boca se le secaba. Su sorpresa fue tan brutal que no se acordó ni de mover el cuchillo.

—¿Te extraña? —murmuró ella con voz seca—. ¿No se te ha ocurrido pensar que Lorena Taylor no existió nunca, y que sólo existía Judith Taylor, la que estaba en la penitenciaría de Kansas?

Él movió la cabeza torpemente. Se mareaba como si todo diera vueltas en torno suyo.

—La hermana millonaria me la inventé para que me trataran mejor en el penal —dijo Judith—. Eso influía mucho. Yo pasaba así a ser «distinguida» y casi «respetable». El truco era sencillo; una amiga casi analfabeta, que recorre el país fregando suelos en los

hoteles de lujo, me enviaba cartas con los membretes de esos hoteles. El efecto era sensacional.

Se apartó un poco del hueco del ascensor mientras sus ojos brillaban cada vez más.

—La idea era sólo ésa —continuó—, que me trataran mejor. Pero la mejor amiga que he tenido, Magda, me confesó antes de morir el papel que su marido había tenido en todo esto. Ella lo idolatraba y en realidad moría por él, para salvarle. Era verdad, como vosotros supusisteis, que le había enviado el resguardo. Lo tenía el capellán, bajo secreto de confesión. Y por última voluntad expresa de Magda, me lo entregó a mí.

Malone babeó:

—De modo que... lo tienes...

—No, no lo tengo. Hice lo más sencillo del mundo: lo envié a mi propio nombre al Waldorf Astoria. Tenía que habérsete ocurrido. Si mi hermana fantasma estuvo allí, si yo le había escrito contestando su última carta, pude adjuntarle el resguardo. Era sencillo, ¿no? Pero de tan sencillo no caísteis en ello. ¡Imbéciles! La carta llegaría, y al no tener ningún huésped con mi nombre, la guardarían unos días por si yo llegaba. Es lo normal. A mucha gente que viaja, sus amigos les escriben a las direcciones donde saben estará dentro de unos días. Por eso los hoteles no devuelven enseguida las cartas, aunque el cliente no esté. Las guardan un tiempo prudencial y yo u otra persona sólo ha de molestarse en pasar a recogerla.

Malone estaba más asombrado cada vez. El vértigo le dominaba. Con un soplo de voz, preguntó:

—¿Pero por qué... has organizado esto?

—Por una elemental razón, para vengar a Magda. Quería entregar a su marido a la policía, ya que no era justo que no pagase después de hacer lo que hizo. Pero para que no quedaran resquicios, hacía falta que lo apresara con las manos en la masa, por ejemplo, intentando matarme. E hice el papel de la hermanita millonaria, ciega... e indefensa. Alquilé un apartamento de lujo con lo poco que había podido ahorrar en el penal. Ahora mismo no me quedan más que diez dólares. Me puse las gafas oscuras y fingí..., ¡fingí! Sabía que terminaríais viniendo como buitres al oler un cadáver. Que os acusaríais vosotros mismos. Ignoraba como lo ignoráis vosotros, que Richard ya había muerto en accidente poco

antes, y que en ese sentido Magda estaba vengada. Pero vosotros sí que vinisteis... ¡Vaya si vinisteis! ¡La banda de granujas completa! Y os hubiera entregado a la policía caso de poder hacerlo, pero no me fue posible. La verdad era que siempre erais dos o tres contra mí, que el teléfono estaba cortado, que no querían avisar... No me quedaba más remedio que seguir fingiendo para que así, al menos, me considerarais más inofensiva y no tuvierais tanta prisa en terminar conmigo. Incluso muchas veces cerraba de verdad los ojos para hacerlo mejor. Pero ahora ha terminado la comedia, Malone... ¡Ha terminado también para ti!

Los dientes de Malone entrechocaron.

De su garganta escapó un rugido gutural, un rugido salvaje y sordo.

Trató de adelantar el cuchillo, pero ya no pudo. De pronto se encontró con una mujer desconocida, agresiva, con una mujer que no sólo luchaba dispuesta a todo, sino que además conocía las tretas del judo.

—¡La propia Magda me lo enseñó! —gritó—. ¡Ella hizo esto con una celadora! ¡Y luego lo practicó conmigo!

Malone se encontró bajo ella, sin saber cómo. Se encontró con que un antebrazo fuerte y duro le apretaba el cuello. Se encontró con que le faltaba la respiración.

Estaba sucediendo y aún no podía creerlo.

¡Ella le mataba!

¡Le estaba ahogando!

El cuchillo había resbalado de entre sus dedos y ya no podía recuperarlo. Lo tenía a dos pulgadas y le parecía que lo tenía a dos millas. Sus manos arañaron desesperadamente el cuello. De pronto, su cuello crujió siniestramente.

Judith se levantó como mareada. Ahora era ella la que sentía vértigo. Se llevó la mano a la peluca negra que disimulaba sus rubios y cortos cabellos naturales.

Necesitó apoyarse en la pared, porque de lo contrario hubiese caído, mientras miraba el cadáver. No podía creer que lo hubiera hecho ella. Al fin se fue recuperando, mientras su respiración se normalizaba.

Se dirigió hacia la escalera.

—¡Cliff! —llamó—, ¡Cliff! ¿Dónde estás?

Bien lejos estaba de sospechar que Cliff ya no se encontraba allí. Bien lejos estaba de sospechar que el hombre había pasado como una exhalación, escaleras abajo, mientras ella acababa con Malone.

* * *

Cliff Anders entró en el lujoso vestíbulo del Waldorf Astoria tras arreglarse bien la corbata y cepillarse un poco la ropa con las manos. El ambiente estaba animado a pesar de lo avanzado de la hora. Él lo conocía bien por haberse dejado allí bastantes veces dólares que eran suyos y otros que no lo eran. Por eso se pudo dirigir con toda naturalidad al encargado de la correspondencia, que además le conocía vagamente.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

—Quiero reservar una habitación a nombre de Judith Taylor. Ella llegará mañana. Una habitación individual, con baño.

—Desde luego, señor. ¿Ya la encarga en firme y paga por anticipado?

—No. Sólo quiero que tome nota.

—Por supuesto.

Mientras el otro anotaba el nombre en un libro, Cliff preguntó, como sin darle importancia:

—Quizá haya, llegado ya incluso alguna carta para ella. ¿Quiere mirar?

—Desde luego.

Y el empleado le tendió, un sobre. Cliff lo recogió, procurando que sus dedos no temblaran.

—Se lo entregaré yo mismo —dijo con voz natural—. Gracias.

—De nada, señor.

Y salió.

Una vez en la calle, le faltó tiempo para rasgar el sobre. Ahora sí que sus dedos temblaban. Por lo que había oído de la explicación de Judith; y aun sin conocer la historia del todo, deducía que aquel resguardo tenía que significar algo importante, muy importante... Lo miró. Era un resguardo sencillo, de un paquete depositado cerca de allí, en la estación de autobuses de Port Authority, cerca de la Calle 42.

Tomó un taxi y le dio aquella dirección.

La consigna de Port Authority está abierta siempre. Cliff Anders entregó el boleto y le dieron una caja. Entró en uno de los lavabos para hombres y lo abrió rápidamente.

La calavera no le dio mala espina, sino todo lo contrario. Hurgó en su interior y quedó como helado al ver aquellos diamantes. Imposible calcular su valor exacto. Llegaban a una cifra con tantos ceros que le provocaba vértigo.

¡Con aquello podía vivir toda la vida como un rey! ¡Fuera los apuros! ¡Fuera los problemas! ¡A pasarlo en grande!

Por delante de los ojos de Cliff pareció desfilar una verdadera procesión de mujeres, a cual más hermosa, y más..., más todo.

Todo aquello lo tenía él en sus manos. Lo tenía en sus manos ahora.

Y no era eso lo mejor, sino la factura de compra que también estaba pegada en el interior de la calavera, con los diamantes. Todo perfecto y legal. Podría venderlos a la luz del sol y sacándoles todo su valor. Judith nunca sabría que los tenía él.

Volvió a guardar la calavera en la caja, tiró de la cadena para disimular y salió de allí.

Sus ojos brillaban.

Nunca había estado tan alegre.

Nunca la noche de Nueva York le había parecido tan hermosa.

Pero algo le detuvo en una esquina.

Algo en lo que no quería pensar. Algo que no quería que existiese. Algo tan sencillo y al mismo tiempo tan importante como el recuerdo de una mujer.

—¡Soy idiota...! —murmuró para sí mismo—. ¡Un idiota!

Se golpeó dos veces en la cara en la esquina solitaria

Al fin se encogió de hombros, mientras llamaba un taxi

El taxista miró el reloj y le guiñó un ojo.

—¿A qué cabaret, señor?

—¿Qué cabaret ni qué cuernos? —masculló él—. Vamos al sitio más aburrido de todo Central Park. Ya le indicaré la casa.

Encontró a la muchacha casi en el mismo sitio, desesperada, llorando silenciosamente en las escaleras.

Le puso el paquete en las manos y susurró:

—Sólo quería ahorrarte trabajo, Judith. Ya te contaré..., ¿sabes? Ahora vamos a la policía.

Ella le miró. Y nunca Cliff, que entendía de ojos de mujeres (y de lo que no eran ojos) le pareció haber visto otros como aquéllos. Tan bonitos, tan sinceros... y tan peligrosos.

Le dio la mano y la ayudó a incorporarse, mientras la atraía hacia sí.

La policía llegó casi enseguida y por eso, cuando el edificio empezó a animarse a las ocho de la mañana siguiente, ya no había cadáveres y todo parecía normal. La gente empezó a entrar en sus oficinas, a mirar el calendario para ver cuánto faltaba para las vacaciones y a bostezar ante las mesas. En fin, lo que se hace siempre.

Nadie sospechó lo que por la noche había ocurrido allí.

Se veían algunos tipos raros, pero todos ignoraban que eran policías de la Brigada de Homicidios. Y es que faltaba por encontrar un cadáver que los volvía a todos locos. El cadáver de Jim.

Hasta que el director-gerente de la Compañía de Paracaídas Deportivos Smithson dijo a su secretaria que recogiera el toldo, porque había poca luz.

Ella lo hizo y de pronto gritó:

—¡Señor! ¡Señor...!

—¿Qué?

—¡Un hombre ha caído desde el toldo a la calle!

—¿Llevaba un paracaídas Smithson?

—No, no, señor...

—Pues, entonces, peor para él —dijo el gerente: Y se quedó tan tranquilo.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España